

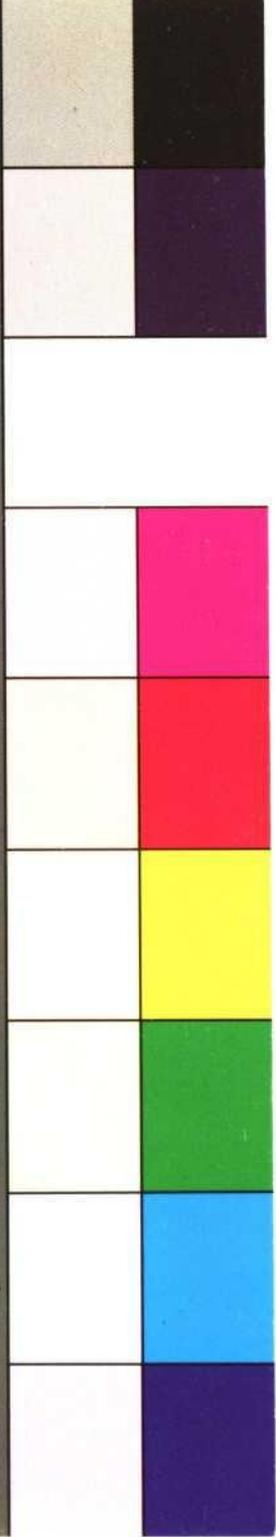
Inches 1 2 3 4 5 6 7 8

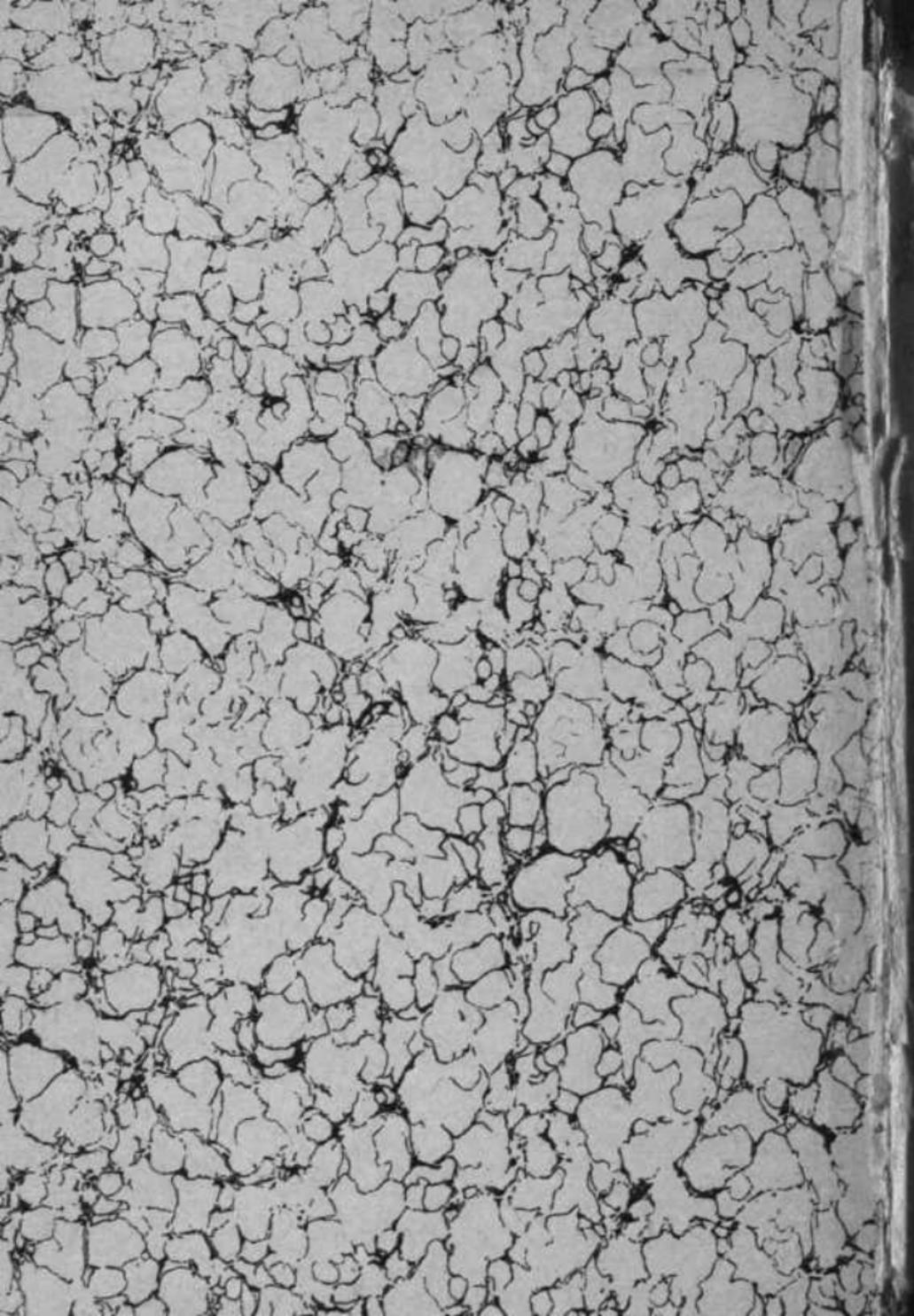
Centimetres 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19

TIFFEN Color Control Patches

© The Tiffen Company, 2007

Blue Cyan Green Yellow Red Magenta White 3/Color Black







t. 118979
c. 1181831

GRAN HOTEL
RESTAURANT Y CAFÉ

EL PASAJE

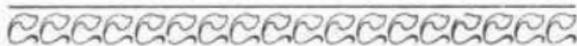
MARCELINO CHAPADO

Proveedor de SS. AA. RR. los Príncipes de Baviera

Plaza Mayor, 39. - SALAMANCA

Lo más céntrico de la población

==== Teléfono núm. 7 ====



Mesas sueltas é independientes

Servicio á todas las horas

Hay cuarto de baño y ducha

Coches á todos los trenes



==== ON PARLE FRANÇAIS ====

LIBRERÍA NACIONAL

Y EXTRANJERA



**Tarjetas postales con
vistas de la población
- 74 vistas diferentes -**

Papelería, Imprenta, Artículos
de escritorio, dibujo y pintura,
Portaplumas con depósito de
tinta. Gabinete de lectura con
revistas españolas, francesas,
≈ ≈ inglesas é italianas ≈ ≈



Librería de Calón, Plaza Mayor 33

≡≡≡ **SALAMANCA** ≡≡≡





JOYERÍA Y PLATERÍA
DE LOS
HIJOS DE ELENA

Rúa, 6 :: SALAMANCA

Los hijos de Elena, nietos del famoso Jaime Franquera, platero de Cámara, que se adelantó lo menos en un siglo á todos los plateros de su época, son proveedores de la Real Casa :: :: ::
Los hijos de Elena son los únicos plateros salmantinos :: También compran y venden antigüedades :: :: :: :: :: ::

PAÑOS Y

NOVEDADES



Abdón García López

:: PLAZA MAYOR, 21 ::

SALAMANCA

GRAN CAMISERÍA INGLESA

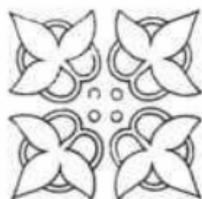
DE

José María Viñuela

CORTADOR CON TÍTULO



POETA IGLESIAS, NÚM. 8
(Antes Lonja de la Cárcel).
:: SALAMANCA ::



Corbatería, guantería
y géneros de punto
Equipos para novios
:: :: Perfumería :: ::
Bastones y paraguas

ALMACÉN DE DROGAS

DE

IGNACIO SANTIAGO FUENTES

:: :: 22, PLAZUELA DEL CORRILLO 22 :: ::

Casa fundada en 1810 SALAMANCA Casa fundada en 1810



Productos químicos para la medicina,
artes y fotografía :-: Productos far-
macéuticos :-: Artículos tintóreos.
Pinturas de todas clases y colores
preparadas al óleo :-: Purpurinas.
Libros de oro y plata :-: Brochería y
pinceles :-: Botamen para farmacias.
:: :: :: Frasiería francesa :: :: ::



ESPECIALIDADES en aparatos diversos, útiles
para laboratorios y objetos de goma elástica.
DEPÓSITO de aguas minerales nacionales y
extranjeras :-: De barnices de todas clases.
:: :: :: :: Cemento Portland superior :: :: :: ::

Modesto Pérez

UNA VUELTA POR SALAMANCA

Elogios. - Algunos monu-
mentos. - De Historia salman-
tina. - Hombres ilustres del
pasado y del presente. - Gen-
te nueva. ~~~~~



Imp. Artística José Blass y Cía., San Mateo 1
Madrid



R.1097701

A la memoria de Don Mamés Esperabé Lozano, que tantos beneficios hizo á Salamanca y á su Universidad y que tantos cariños supo conquistarse con las altísimas prendas de su noble corazón y de su hermosa inteligencia, dedica este trabajillo su discípulo

Modesto Pérez.



Prólogo



Hace falta escribir el libro de Salamanca. Hasta el presente no lo ha escrito nadie, pues cuantos libros se la han dedicado, apenas son más que de letras, y su libro ha de serlo de espíritu. Ganiwet hizo *Granada la Bella*; de buena gana haría yo *Salamanca la Sabia*, poniendo en ello, con lo mejor mío, lo inmenso y sugestivo de la ciudad.

Enamorado de los pueblos grandes, de los grandes centros, porque, con todos sus defectos y todos sus peligros y contras, es donde más conciencia y más belleza hay, siento, no obstante, por Salamanca nostalgias íntimas y copiosas, á causa de los atractivos que atesora, y á causa de haber sido allí, en una buena parte de mi vida de estudiante, donde más me he inquietado y enriquecido.

En aquel noble y querido pueblo, bañado por el Tormes, que espléndido regala á las almas su cla-

ridad, son tantísimos y de tan preciosa belleza los recuerdos que hay, que en el más mínimo de sus detalles, mínimo al parecer, alienta la tradición maravillosa de la que enseñó al mundo como maestra de todas las ciencias.

Atrae y avasalla Salamanca por sus recuerdos, todavía más poéticos é irresistibles como cuanto mora en la lejanía; pero por su presente, y sobre todo, por sus esperanzas, no atrae y avasalla menos.

Exprimir la ciudad sin dejar de exprimir ninguna de sus piedras; buscarle y encontrarle el espíritu; sumergirse y abismarse en él hasta llegarle á sus redaños, y darlo luego, á través del temperamento encendido y alado del buscador, en una forma artística por lo sencilla y por lo intensa, sería lo que es preciso, y lo que yo algún día, con más vagar y con más preparación, aunque no con mejores ánimos que ahora, acaso intente.

Puede que Salamanca no tenga, teniendo tantos libros, ninguno que la revele ni aun por asomos. Porque no hay que pararse en las portadas; hay que meterse en los corazones. El corazón del pueblo que si algún día fué luminar del orbe, hoy es digno de serlo por Unamuno y por su labor, está punto menos que virgen, siendo frías y superficiales obras de asiento las que le han consagrado, sin que se hayan puesto á escucharle, para exteriorizarla luego, la fecundísima grandiosidad de su

latir. Está allí más que abundante el agua bajo la roca, aguardando impaciente el toque de la mágica vara que, al herir la roca, haga que salte el agua y descubra el pasado, y permitiendo contemplar su fondo eterno, riegue, haciéndola también prorrumpir en preñeces de flores, las campiñas del mañana.

Eso es lo que hay que hacer. No está hecho, y Salamanca tiene derecho á que se haga. Eso es lo que acaso algún día intente yo.

Ahora no se trata con este folleto, hecho en unas cuantas horas, sino de contribuir, con grabados y articulitos, á la vulgarización de algo de lo muchísimo que encierra en arte, en sabiduría, en literatura, la Salamanca tradicional. De la Salamanca de ahora publico siluetas de varias de sus más esclarecidas personalidades, algunas residentes allí, y otras fuera. Los elogios de Salamanca tienen el mérito de ser de tres de nuestros mayores poetas y uno de nuestros mayores novelistas; el de que tres de esos elogios me los han hecho exprofesamente para este librito mis íntimos amigos Francisco Villaespesa, Salvador Rueda y Pío Baroja, y el de que los cuatro elogios aparecen juntos.

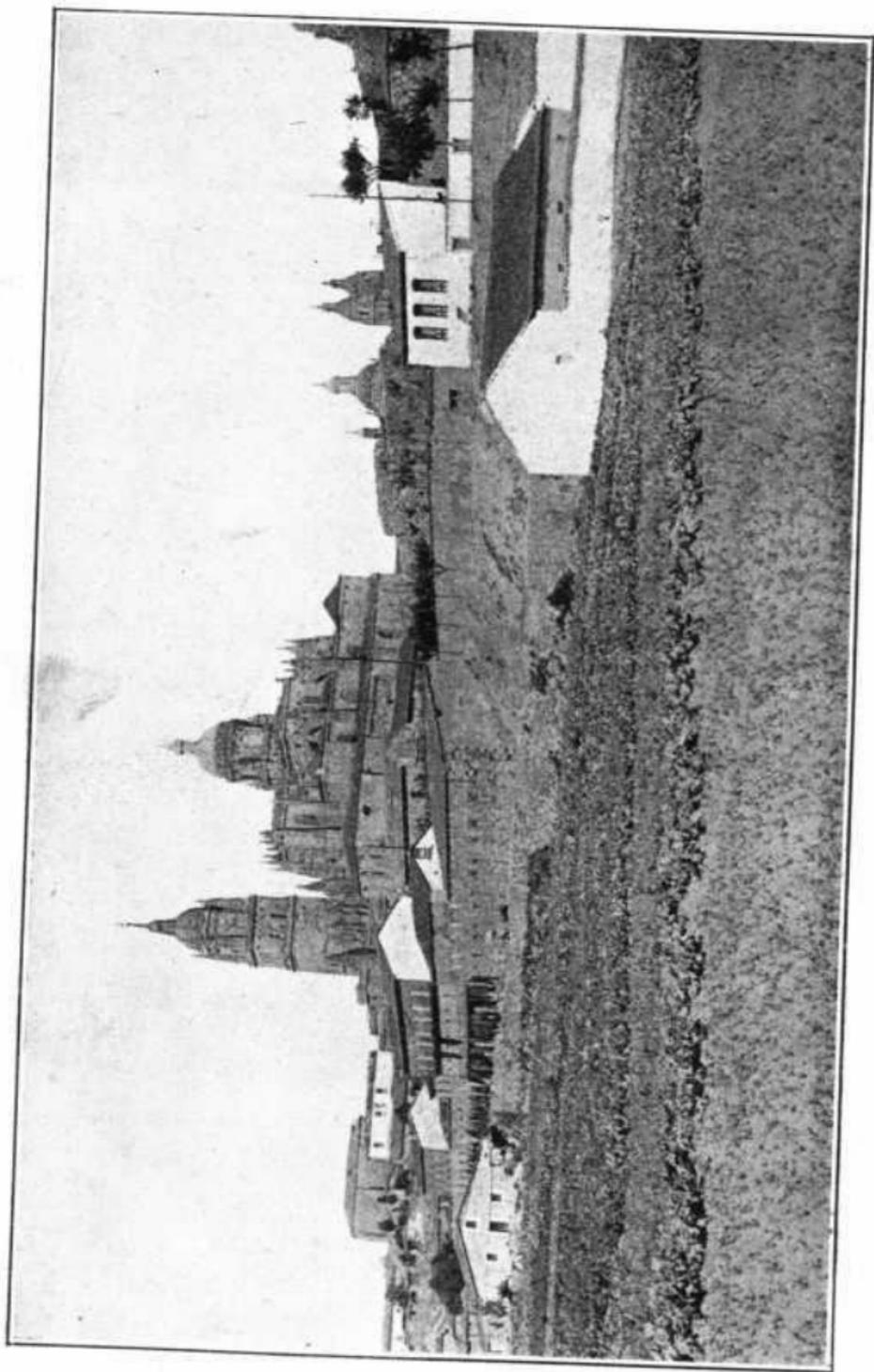
Los anuncios no estarán de sobra, por varias razones, una de ellas porque son una muestra del comercio y de la industria de la Salamanca presente.

Si las cosas que este libro contiene, y su publicación, pudiesen rendir algún beneficio á alguien, me alegraría. Yo no las daría á luz si las tuviera por infecundas del todo.

MODESTO PÉREZ

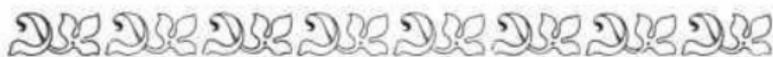
Madrid, Septiembre 909.





VISTA GENERAL DE SALAMANCA

Elogios de Salamanca



SALAMANCA



¡Alto soto de torres que, al ponerse
tras las encinas que el celaje esmaltan,
dora á los rayos de su lumbre el padre
sol de Castilla;

bosque de piedras que arrancó la Historia
á las entrañas de la tierra madre;
remanso de quietud, yo te bendigo,
mi Salamanca!

Miras á un lado, allende el Tormes lento,
de las encinas el follaje pardo
cual el follaje de tu piedra, inmoble,
denso y perenne.

Y de otro lado, por la calva Armuña,
ondea el trigo, cual tu piedra de oro,
y entre los surcos, al morir la tarde,
duerme el sosiego.

Duerme el sosiego, la esperanza duerme
de otras cosechas y otras dulces tardes;
las horas al correr sobre la tierra
dejan su rastro.

Al pie de tus sillares, Salamanca,
de las cosechas del pensar tranquilo
que, año tras año, maduró en tus aulas,
duerme el recuerdo.

Duerme el recuerdo, la esperanza duerme,
y es el tranquilo curso de tu vida,
como el crecer de las encinas, lento,
lento y seguro.

De entre tus piedras seculares, tumba
de remembranzas del ayer glorioso,
de entre tus piedras recogió mi espíritu
fe, paz y fuerza.

En este patio que se cierra al mundo
y con ruinosa crestería borda
limpio celaje, al pie de la fachada
que de plateros

ostenta filigranas en la piedra,
en este austero patio, cuando cede
el vocerío estudiantil, susurra
voz de recuerdos.

En silencio fray Luis quédase solo
meditando de Job los infortunios,
ó paladeando en oración los dulces
nombres de Cristo.

Nombres de paz y amor, con que en la lucha
buscó confort, y, arrogante luego,
á la brega volvióse amor cantando,
paz y reposo.

La apacibilidad de tu vivienda
gustó, andariego soñador, Cervantes;
la voluntad le enhechizaste, y quiso
volver á verte.

Volver á verte en el reposo quieta,
soñar contigo el sueño de la vida,
soñar la vida que perdura siempre
sin morir nunca.

Sueño de no morir es el que infundes
á los que beben de tu dulce calma,
sueño de no morir ese que dicen
culto á la muerte.

En mí florezcan, cual en ti, robustas,
en flor perduradora las entrañas,
y en ellas talle, con seguro toque,
visión del pueblo.

Levántense cual torres clamorosas
mis pensamientos en robusta fábrica,
y asiéntese en mi patria para siempre
la mi Quimera.

Pedernoso cual tú sea mi nombre,
de los tiempos la roña resistiendo,
y por encima al tráfago del mundo
resuene limpio.

Pregona eternidad tu alma de piedra
y amor de vida en tu regazo arraiga,
amor de vida eterna, y á su sombra
amor de amores.

En tus callejas que del sol nos guardan
y son cual surcos de tu campo urbano,
en tus callejas duermen los amores
más fugitivos.

Amores que nacieron como nace
en los trigales amapola ardiente,
para morir antes de la hoz, dejando
fruto de sueño.

El dejo amargo del Digesto hastioso,
junto á tus rejas se enjugaron muchos,
volviendo luego, corazón alegre,
á nuevo estudio.

De doctos labios recibieron ciencia,
mas de otros labios palpitantes, frescos,
bebieron del amor, fuente sin fondo,
sabiduría.

Luego, en las tristes aulas del Estudio,
frías y oscuras, en sus duros bancos,
aquietaron sus pechos encendidos
en sed de vida.

Como en los troncos vivos de los árboles,
de las aulas así en los muertos troncos
grabó el Amor por manos juveniles
su eterna empresa.

Sentencias no hallaréis del Triboniano,
del Peripato no veréis doctrina,
ni aforismos de Hipócrates sutiles,
jugo de libros.

Allí Teresa, Soledad, Mercedes,
Carmen, Olalla, Concha, Blanca ó Pura,
nombres que fueron miel para los labios,
brasa en el pecho.

Así bajó los ojos la divisa
del amor, redentora del estudio,
y, cuando el maestro calla, aquellos bancos
dicen amores.

Oh, Salamanca, entre tus piedras de oro
aprendieron á amar los estudiantes,
mientras los campos que te ciñen daban
jugosos frutos.

Del corazón en las honduras guardo
tu alma robusta; cuando yo me muera,
guarda, dorada Salamanca mía,
tú mi recuerdo.

Y cuando el sol, al acostarse, encienda
el oro secular que te recama,
con tu lenguaje, de lo eterno heraldo,
dí tú qué he sido.

MIGUEL DE UNAMUNO



LA TORRE DE SALAMANCA

Unamuno es su torre de cien mil ventanales
que dan vista á supremos horizontes mentales;
su alta aguja chispea coronada de luz;
tiene el coro profuso de las lenguas humanas,
hay en ella un repique de infinitas campanas,
y la Tierra cobija con su flecha y su cruz.

SALVADOR RUEDA

SALAMANCA

Cuando la sombra de tus venas fluye
en la fragancia musical del viento
crepuscular, huir la vida siento
por los ojos, sin ver adónde huye.

Y me encuentro perdido en las marañas
obscuras de tus lóbregas callejas,
entre los hilos de leyendas viejas,
como en red de invisibles telarañas.

Y apoyada la diestra sobre el hierro
de la espada, mi altiva frente agacho,
y me descubro al ver pasar mi entierro...

Y tras su sombra de un rumor de seda,
camino, retorciéndome el mostacho,
como el don Félix que cantó Espronceda.

FRANCISCO VILLAESPESA



SALAMANCA

Cada una de las ciudades españolas ilustres representan predominantemente un momento de la civilización hispánica. Tarragona, Córdoba, Burgos, Ávila, casi simbolizan lo romano, lo árabe, lo medioeval.

Salamanca parece creada para mostrar y exaltar la belleza del Renacimiento español. Este Renacimiento nuestro ofrece, sobre todo en la Arquitectura, un carácter de belleza y de armonía superior al de Italia y Francia.

Salamanca parece demostrar en sus calles que el pueblo español, además del brío y de la violencia en la vida y en el Arte, guardaba un fondo de gracia suave, hoy quizás perdida.

Pfo BAROJA



De Historia salmantina







El nombre de la ciudad



Los correctores y aumentadores de la historia de Salamanca que escribió D. Bernardo Dorado, llaman extravagante al más antiguo cultivador de los estudios históricos salmantinos, al cronógrafo Gil González Dávila, por haber afirmado, entre otras cosas, que Polibio, el primero que nombra á Salamanca llamándola *Elmántica*, dijo que *Elmántica* significa *canto profético* ó *tierra de adivinación*. Y el Sr. D. Fernando Araujo llama faltos de seso é incluye en la turba indocta á quienes hagan caso de tales adivinaciones y cánticos. El Sr. Araujo, hombre de mucha crítica, según nos dice él mismo, aspira — también nos lo dice —, al galardón de concienzudo cronógrafo. Nosotros carecemos de semejante pretensión; es el espíritu lo que nos importa.

Muy bella es, aunque los cronógrafos concienzudos no lo sientan y vean, y se priven de deli-

ciosos goces, la significación que, según Gil González Dávila, dió al nombre *Elmántica* Polibio.

Si Polibio dijo lo que Dávila le atribuye, una de dos: ó estaba, ó no estaba Polibio en lo cierto. Si lo primero, maravilla que el nombre dado á la ciudad corresponda tan perfectamente al futuro desarrollo de ella, que sería el nombre más adecuado que se la podría dar *a posteriori*. Y si Polibio lo dijo equivocadamente, ó lo dijo por decirlo, no maravilla menos, sino más, porque entonces, el famoso historiador aparece, con sus errores, ó con sus inventivas, cual profeta del sabio mañana de Salamanca. Séneca prediciendo el descubrimiento de América, Polibio prediciendo el porvenir cultural de aquella ciudad, Lope de Vega prediciendo el telégrafo y el teléfono: todas estas predicciones son hermosísimas. Las almas agasajadas del cielo, las almas geniales, dicen á veces, aun sin darse cuenta, cosas que demuestran que, en efecto, reciben tan ricos agasajos.

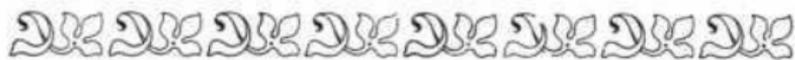
Si Polibio no dijo nada acerca de la significación de la palabra *Elmántica*, y se lo atribuyó Gil González Dávila, es una atribución por la que el protocronógrafo salmantino merecería admiraciones y elogios, en vez de censuras. Es de muchísimo encanto pensar que Polibio hubiera dado exacta, ó inexacta, ó caprichosamente, al nombre *Elmántica* un sentido que, vista luego la historia de la ciudad, hubiera venido á ser como la predicción

de ella; es de tanto encanto que no sería pecado la atribución de Dávila á Polibio: los pecados rebosantes de poesía bien pueden perdonarse.

Siempre resultará que lo que Salamanca significa es sabiduría, ciencia, profecía, adivinación; porque el significado más verdadero del nombre de una cosa, es el que se deriva de la historia de ella; siendo á la postre, y no al principio, cuando los nombres se deberían dar.

Salamanca tiene bien demostrado que ha sido uno de los grandes luminares del mundo. Su luz no se ha extinguido. Y quién sabe lo que alumbrará en adelante.





La Catedral vieja

De parte de Oriente vino un coronado,
el Obispo Don Iherónimo so nombre es lammado:
entendido es de letras é mucho acordado,
de pié é de a cavallo mucho erapreciado,
las puertas de myo Cid andava demandando.

Estas y otras cosas nos dice la poesía popular del famoso obispo Don Jerónimo, llamado equivocadamente *Visquio*, que presidió el levantamiento de la Catedral vieja de Salamanca, fundada por los repobladores de aquella ciudad D. Raimundo de Borgoña y su esposa doña Urraca. La repoblación principia en el año 1102, y es entonces cuando el conde borgoñón y la hija de Alfonso VI donan á D. Jerónimo, natural del Perigord, las iglesias y clérigos de la diócesis salmantina, entre otros.

Don Jerónimo, amigo íntimo del *Cid Campeador* y confesor suyo y de su mujer Jimena, concurrió con el héroe castellano á la conquista de Valencia, y, llevada ésta á cabo, allí estableció su sede; pero se perdió aquel mismo año la ciudad del Tu-

ria y pasó á vivir el obispo guerrero en el monasterio de San Pedro de Cardaña hasta que le llamaron á Salamanca.

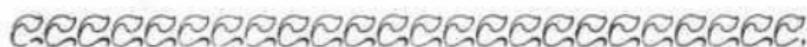
Como queda dicho, D. Jerónimo era del Perigord. Pues bien; se propuso que la nascente Catedral salmantina fuese un recuerdo de la arquitectura religiosa de su país. «La semilla bizantina — leemos en un luminoso informe de la Academia de la Historia —, viene en las naves venecianas que traen á Europa las mercaderías de Oriente y las depositan en Marsella ó Narbona, para que subiendo por tierra á la gran factoría establecida en Limoges, se difundan desde aquel vasto depósito por toda la Francia central, y luego, por los puertos de la Rochela y Nantes, vayan á iluminar con la luz del arte las nebulosas poblaciones de Bretaña, Irlanda y Escocia; y esa semilla bizantina florece en la reina del Adriático, prende luego en la orilla del Isla, se esparce por el ducado de Aquitania, atraviesa el Pirineo, y germina, por último, en tierra de León.»

Se ignora quiénes fueron los arquitectos que dirigieron las obras de la Catedral vieja. Este templo sufrió grandes mutilaciones al edificarse la nueva; pero, tal y como se encuentra al presente, su grandiosidad y su belleza son extraordinarias.

La Universidad de Salamanca es la madre de la ciudad, se dice con acierto. Pues la Catedral vieja es *la abuela*, según una genial frase de Pedro An-

tonio de Alarcón. En efecto: la Universidad la fundó Alfonso IX sobre la base de los estudios que en la Catedral vieja había.

Tesoro de maravillas artísticas y de recuerdos históricos tan ilustre basilica, no tendrían número los fotograbados que de sus primores se podrían publicar, ni las cosas que de ella se podrían decir; pero se trata de *una vuelta por Salamanca*, y publicamos sólo dos fotograbados, los que representan la *Capilla de Santa Bárbara* y el *Sepulcro de Diego Rodríguez*.

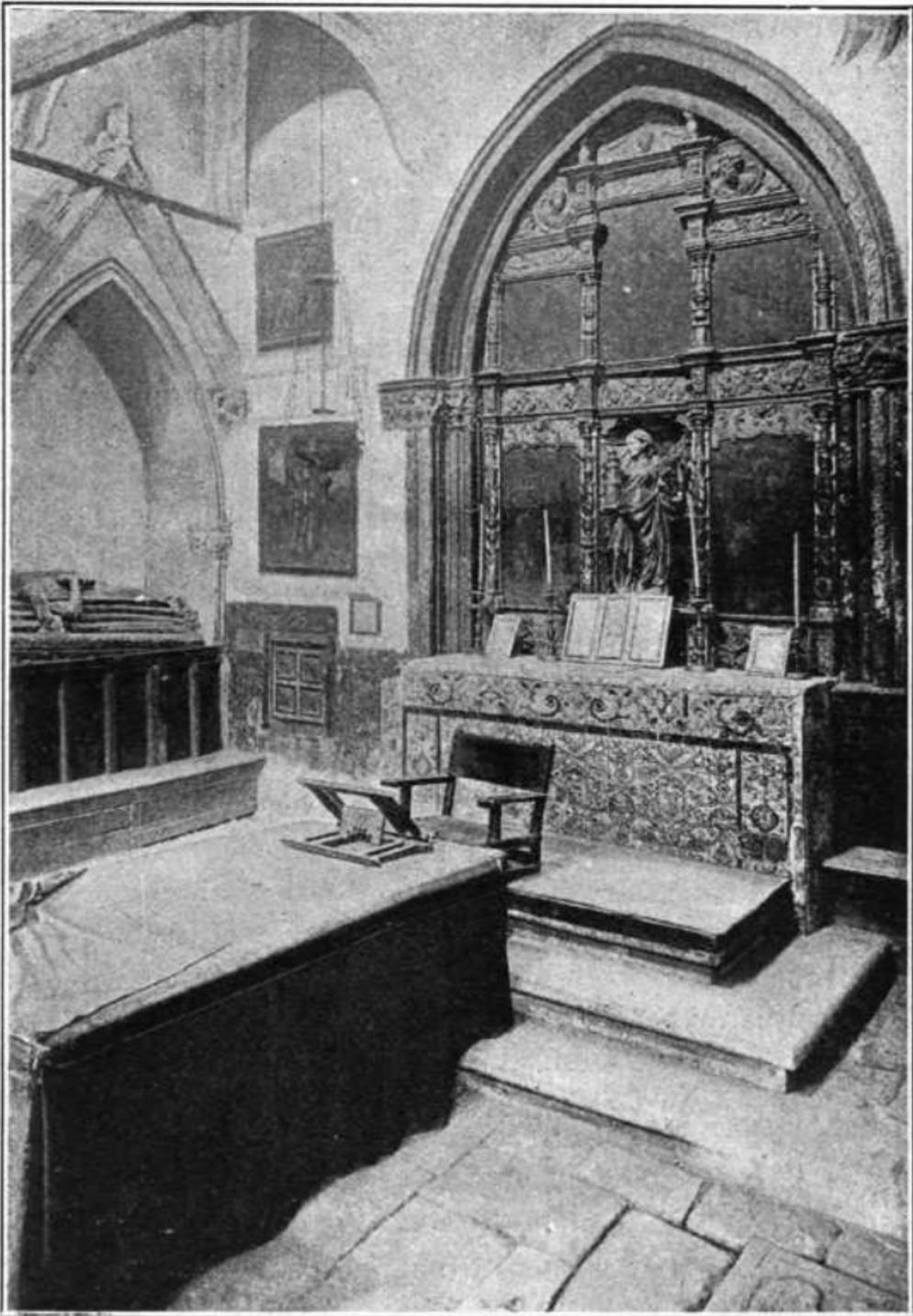


La Capilla de Santa Bárbara



Un belicoso Obispo de Salamanca, D. Juan Lucero, que ayudó á Alfonso XI en el célebre sitio de Algeciras, y que alcanzó los tiempos de don Pedro I, siendo quien, en unión del Obispo de Ávila, anuló, amedrentado, el matrimonio de tan discutido monarca con doña Blanca de Borbón y casó á Don Pedro con doña Juana de Castro, fundó en el año 1344 esta capilla, de fama inextinguible.

Lo de menos es que D. Juan la dotara con rentas para que en ella se dijese cinco misas dia-



CATEDRAL VIEJA. — CAPILLA DE SANTA BÁRBARA

rias á Nuestra Señora; ni es tampoco lo más importante el que contenga el sepulcro del fundador, que murió en 1359, ni el que en esta capilla puedan verse otros sepulcros, como el de García Ruiz y el de García de Medina, así como los cuadros, que representan pasajes de la vida de Santa Bárbara, y otras cosas, todas ellas también muy notables.

A lo que debe esta capilla su mayor atracción y renombre es á que allí se verificaron las licenciaturas y se confirieron los grados de la Universidad de Salamanca desde el principio de la existencia en ésta de tales ejercicios y ceremonias hasta el año de 1843.

Allí está todavía el sillón en que se sentaban los examinandos. También se conservan los asientos, resistentes y humildes, de los examinadores.

¡Cuantísimos hombres ilustres, beneficio y gloria de Salamanca y del mundo estarían allí! ¡Qué de conceptos luminosos, sabios de veras, se habrán elaborado en aquel recinto, más de una vez santuario! No cabe estar ni pensar en aquella capilla sin sentirse invadido por la consideración de lo que debe á Salamanca la cultura universal.

«Ha pasado por la capilla de Santa Bárbara.»

Durante muchísimo tiempo fué proverbial esta frase.

El sepulcro de Diego Rodríguez



La bondad de un arcediano. — La belleza de una dama.

En el arco primero, á la derecha entrando en la capilla de San Bartolomé ó de los Anayas, llamada así por haber sido su fundador D. Diego Anaya y Maldonado, Obispo que fué de Salamanca y fundador asimismo del Colegio de San Bartolomé, hay un epitafio que dice: *Aquí yace el reverendo Sr. D. Diego Rodríguez, arcediano de Salamanca; falleció á 23 de Diciembre de 1504.*

De cuanto la capilla de San Bartolomé encierra — y encierra muchas cosas sugeridoras —, ninguna debe serlo tanto como el sepulcro de Diego Rodríguez, porque Diego Rodríguez fué muchísimo más que arcediano; poseyó el don más hermoso á que puede y debe aspirarse: fué, ante todo y sobre todo, un hombre bueno.

Don Diego Anaya y Maldonado, el fundador de esta capilla, tuvo antes de ser clérigo varios hijos con doña María de Orozco, hija de Íñigo López de Orozco, una de las víctimas este Íñigo del Rey Don Pedro, que de todo tuvo, de justiciero y de cruel.

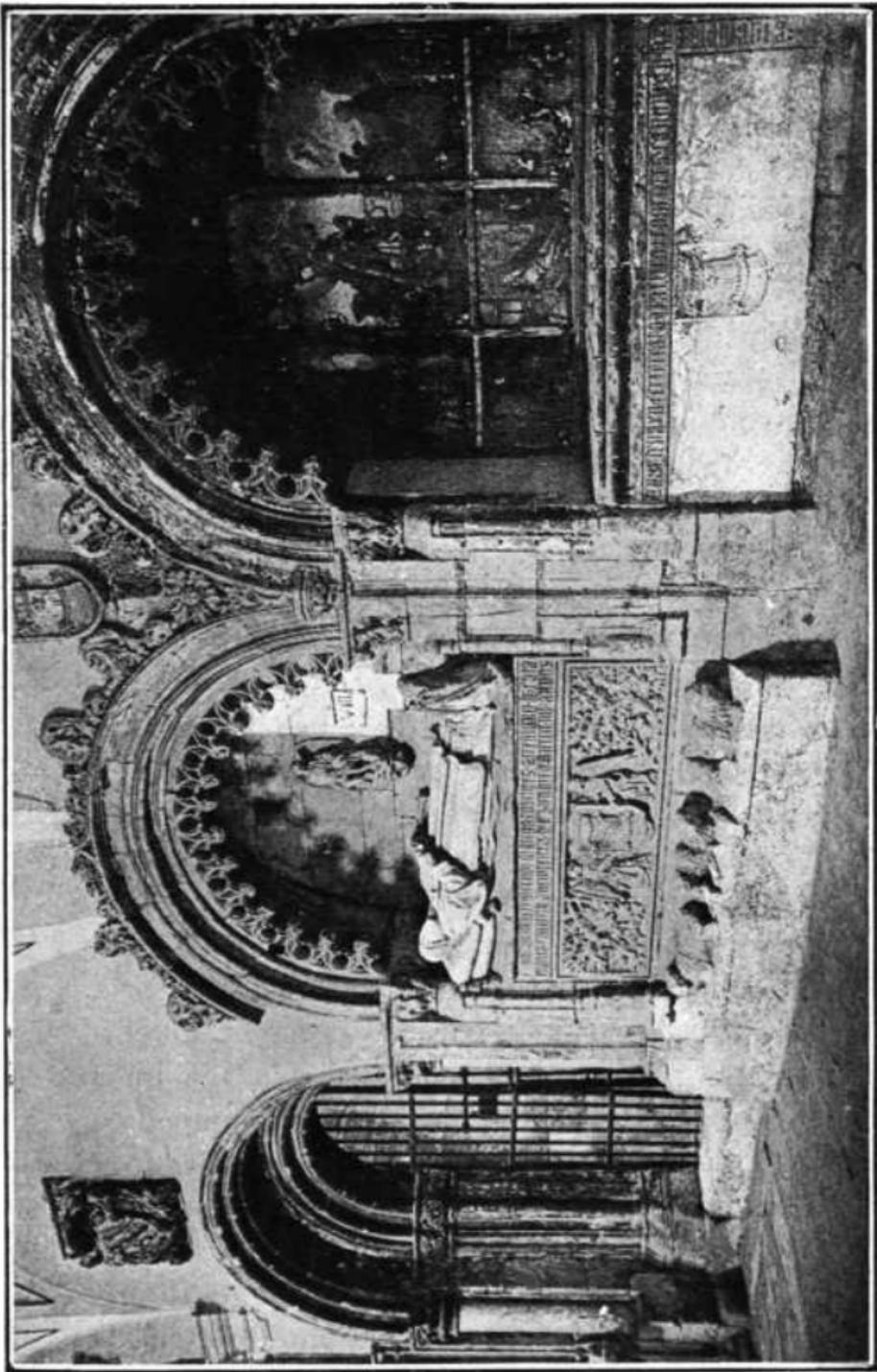
Mujer bellísima dicen que fué doña María, y

como es muy difícil, si no imposible, resistir la influencia de ciertos encantos, no habrá quien no disculpe, y aun justifique, las paternidades de Don Diego de Anaya, aunque no fuera escaso en ellas el buen señor.

Que se detengan otros en minucias, escrutamientos y rebuscas, patentes de escasez ó de carencia de espíritu. Para nosotros debe tener, y tiene, en efecto, la capilla de los Anayas deleitosa atracción, porque en ella, ante el pensamiento de D. Diego, hay que pensar también, y con más intimidad, en la belleza de doña María. Muy encantadora y atrayente debió ser doña María. Conquistó á D. Diego. Y D. Diego tuvo que ser un bendito: fué Obispo de Salamanca, y Arzobispo de Sevilla más tarde. Las dignidades eclesiásticas, por empingorotadas que sean, no son consustanciales con la benditez; mas tengamos por bendito á D. Diego: nada sabemos en contra suya. ¿Qué tiene de extraño que, aun siendo de madera episcopal y arzobispal, lo avasallasen los rayos de Venus, rayos celestiales?

¿Cómo sería de bella, de soberana, la hija de Íñigo López de Orozco?

Doña María debió ser morena. Hay que pintarla así. Tenemos la ventaja de no haberla conocido. Si la hubiéramos conocido, la encontraríamos muy preciosa. Más preciosa la encontramos imaginándola á nuestro sabor. Cuanto más divi-



CATEDRAL VIEJA. — EL SEPULCRO DE DIEGO RODRÍGUEZ

namente nos figuremos sus flechas, mejor disculpáremos á D. Diego de Anaya. Absolvámosle.

Pero está la bondad por encima de la belleza, y es Diego Rodríguez lo que impera sobre todo lo demás existente, ó evocable, en la capilla de San Bartolomé.

En *Resurrección*, de Tolstoï, dice el gran apóstol ruso que los hombres no son buenos, ni malos; porque, lo mismo que los ríos, tienen de todo al través de su fluir.

Sólo que de Diego Rodríguez conocemos un dato, que nos puede permitir asegurar que su existencia fué en bondades en lo que principalmente le fluyó.

Hay que rendirse ante la belleza y ante el talento y ante la sabiduría; pero ¿y ante lo bueno? Que nos abrase, purifique y redima el fuego del amor á las grandes cosas; pero que nada nos entusiasme como las excelencias de corazón.

¡Qué bueno debió ser Diego Rodríguez! Llegaron á Salamanca, al convento de San Francisco, 300 frailes, 300 sólo. Si parecen muchos, muchísimos más pudieron ser, porque ya habría unos cuantos en aquellos tiempos en que, como dice Guerra Junqueiro, Dios era español. Llegaron 300 frailes al convento de San Francisco para un capítulo provincial. Muchos, los pobres, habían llegado miseriosos; pero lo repara Diego Rodríguez y los socorre, dando á cada uno de los frai-

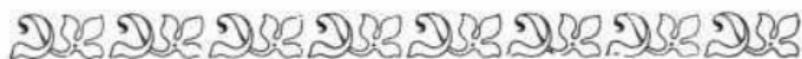
les averiados un cubierto, un sombrero y unas alpargatas. Que el rasgo fué de importancia, y efecto y prueba de una abundante y tierna sentimentalidad, bien se ve. Lo fué tanto, que las historias lo guardan.

Que nos sirva de ejemplo Diego Rodríguez, que fué más que arcediano, porque fué bueno. Le conmovió la ajena desgracia, y la remedió cuanto pudo. Calzó á los descalzos, y les dispensó otras ayudas. Se sintió hermano suyo, y como á hermanos les trató. ¡Qué santo y qué libertador es el sentimiento de la solidaridad con el prójimo!

Los que tienen por debilidades ciertas solidaridades, no saben que en ellas radica la fortaleza suprema. El amor es el vigoroso.

Si se ha alargado esta nota acháquese á la belleza de Doña María, pero sobre todo á las alpargatas, los sombreros y los cubiertos de Diego Rodríguez.





El Cristo de las batallas

Es un dolor que arranca lágrimas muy hondas y exquisitas á las almas sencillas, piadosas y sensibles, asistir al proceso de formación, en la conciencia de una parte de la humanidad, del llamado catolicismo. Cabe asistir, de un cierto modo, habida cuenta de su complejidad y de sus dificultades, al proceso de formación de las religiones, que son productos humanos colectivos. La doctrina cristiana, que en el Hijo del Hombre no es sino espíritu y amor, desde que se pone en contacto con las impurezas del mundo se va desvirtuando y corrompiendo, y bajo el imperio de Constantino el Grande, cuando se dice que el cristianismo ha vencido, que se ha elevado al trono de los Césares, es también que se ha imperia-
lizado. Y hay que llorar ante ese triunfo, obtenido á costa de la impurificación de lo cristiano. La palabra de Cristo, espejo de sus obras, no es

igual, ni muchísimo menos, que el símbolo de Nicea. Por grande que fuera Orio, resulta bien pobre comparado con el Divino Maestro. El Cristianismo evangélico no es el de los apóstoles, ni el de éstos es el de la Edad Media, ni el de la Edad Media es el de los días presentes.

Acaso necesite el cristianismo transigir primero con las impurezas mundanas para llegar algún día á vencerlas casi del todo; pero es muy triste que se presenten, como productos cristianos immaculados y legítimos, Cristos de las batallas. Cristo de las batallas es una contradicción, una paradoja, porque Cristo es amor, y lo de las batallas es odio. Batallas del amor son las que vienen haciendo falta, cordialísimos combates en que los hombres se disputen la corona de lo efusivo. Tal es el sentido del *militia est vita hominum super terram* y el de que Cristo vino á traer la guerra á las almas, no la paz.

El catolicismo de la Edad Media es un cristianismo pervertido, un catolicismo bárbaro. Y no se ha adelantado gran cosa. Todavía no se han acabado, antes disfrutaban buena salud, los Cristos de las batallas y las patronas y capitanas de los ejércitos.

No matarás, antes amarás á tu prójimo como á tí mismo; perdonarás á tus enemigos; si te dieran en la mejilla derecha, pondrás la izquierda. Esto es cristianismo, y no el llevar el crucifijo en un

brazo y la espada en el otro, y encomendar al Crucificado la victoria de los rencores.

Uno de los tipos que mejor simbolizan el catolicismo medioeval con todos sus amasijos y mescolanzas espeluznantes, es el Obispo primero de Valencia y luego de Salamanca, D. Jerónimo, el amigo y confesor del *Cid* y de su mujer Jimena.

Aferos el Obispo D. Iherónimo muy bien armado:
 Paravas delante al Campeador, siempre con labuena auçe
 Oy vos dix la missa de Sancta Trinite,de,
 por esso salí de mi tierra é vine vos buscar,
 por saber que avía de algun moro matar.
 Mi órden é mis manos querria los ondrar,
 é á estas feridas yo quiero ir delant.
 Pendon traigo de croçes é armas de seunal;
 si ploquiese á Dios querria las ensayar.
 Mio coraçon que podiesse folgar,
 é vos, myo Cid, de mi mas vos pagar.
 Si este amor non feches, yo de vos me quiero quitar.
 Esoia dixo myo Cid: lo que vos queredes plasme:
 afe los moros á vío yd los ensayar.
 Nos daquent veremos commo lidia el abbat.
 El Obispo Don Iherónimo priso á espolonada
 é y valos ferir á cabo de la albergada:
 Por la su ventura é Dios que amava,
 á los primeros golpes dos moros mata,
 el astil ha quebrado é metió mano al espada.
 Ensayavas el Obispo; Dios, ¡qué bien lidiava!
 Dos mató con lança é V con l'espada:
 Los moros son muchos, derredor le cercavan,
 dábanle grandes golpes, mas nol falssan las armas.

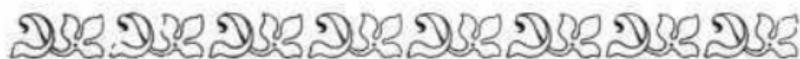
Pues de este D. Jerónimo, que *lidiava tan bien*, procede el Cristo de las batallas que hay en Salamanca.

Del siglo VI datan los crucifijos. Antes de esa fecha no se adoraba más que la cruz. La *fábrica de Cristos* de Limoges fué de las primeras que se establecieron. La paradoja — inconciliable con el espíritu cristiano —, estuvo en la Catedral vieja hasta el año 1744, en que fué trasladada á la nueva, así como los restos de D. Jerónimo, y se la construyó una capilla cerca del altar mayor.

En 1607, 1793, 1808, 1854, 1855, 1858 y otras muchas veces, se ha apelado á la paradoja con demandas. Las más exorbitantes de todas fueron, sin duda, las de 1793. Varios clérigos franceses, huyendo de la grandiosa Revolución, fueron entonces á Salamanca. Se puso al Cristo en rogativa, y los clérigos aquellos le adoraron muchísimo. Es el colmo de las exorbitancias en el pedirle. ¿Pues no le pidieron la derrota de la Revolución francesa? Pues le pidieron que no consintiera que el poder de lo redentor aumentase en el mundo.

Cristos benditos son aquellos en que se proyectan y condensan amorosos, fraternales anhelos.





La Princesa Mafalda

« que finó por casar. »

En la capilla mayor de la Catedral vieja de Salamanca hay, en la pared, una inscripción que dice: «Aquí yace doña Mafalda, hija del Rey don Alfonso VIII de Castilla y de la Reina doña Leonor, y hermana de la Reina doña Berenguela, mujer del Rey don Alfonso IX de León, que finó por casar en Salamanca, año de 1204.»

¡Qué conmovedora es la anterior inscripción! Si no supiéramos que los historiadores y cronistas de Salamanca han pasado delante de ella sin hacer más que copiarla, no lo querría creer nuestra juventud, nuestra copiosa y encendida sentimentalidad; pero lo que preocupó á tales cronistas é historiadores no fueron los arcanos, ternuras, exquisiteces y bellezas del sentimiento, sino hacer escuetos y fríos inventarios.

Todas las tumbas son conmovedoras para los

capaces de conmoverse. Apenas deben tener lado izquierdo los escritores municipales.

Cuando las sepulturas son de mujeres, lo que se siente es más hondo é indefinible, y, si se sabe que la sepultada murió soltera, más todavía.

El misterio es venero muy rico de atracción; es un imán de tanta fuerza para las almas, que hacia él tienden naturalmente. Revelación de nuestra calidad divina es nuestra tendencia á lo misterioso, cuya compleja y profunda poesía no puede menos de cautivar.

La mujer es misterio, y sobre todo la mujer soltera, que está más lejos de la realización de las augustas revelaciones fundamento y esencia de su destino.

Cuando la mujer no ha sido madre, es más misteriosa que cuando lo ha sido. Atesora el encanto de las esperanzas. Pero en la mujer muerta sin casarse y sin sucesión, ni realidades ni esperanzas hay. Y se agranda el misterio cuando se piensa, con la mente cordializada, en que la pobre soltera muerta, de no haberse muerto y de haber llegado á ser madre, hubiera dado á luz. ¿Quién sabe lo que puede perderse con la muerte de la mujer que, al dejar la vida, no ha visto el fruto de sus anhelos más íntimos, no ha podido verlo sino en forma de anhelos?

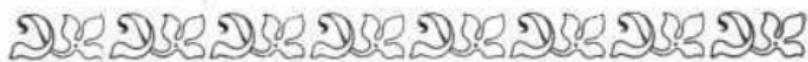
La mujer ha nacido para ser madre, y es madre lo que quiere ser. El hijo le cuesta trabajos; pero

¿qué trabajos no le paga él *cuando ella le tiene en el regazo desnudo, cuando él juega con la teta, cuando la hiera con la manecilla, cuando la mira con risa, cuando gorjea? Pues cuando se le añuda al cuello y la besa, pareceme que aún la deja obligada.* Mientras el hijo es niño, y después de dejar de serlo, y siempre, no hay trabajo que no pague á la madre; ella se da por bien pagada de todos con haberle parido.

Doña Mafalda murió soltera, y sin descendencia. La más rica esperanza que alimentase, con ella murió. Su hermana Berenguela, mujer de Alfonso IX, fué madre de un rey santo y abuela de un rey sabio. ¿Qué hubiera podido dar al mundo doña Mafalda? Una parte del misterio está aquí. Nuestra compasión debe estar en que no se casase, y en que no llegara á ser madre.

Tampoco sabemos si el haber doña Mafalda finado por casar sería debido precisamente á que no se casó. Lo más seguro es eso, que muriera de amores.





El comunero Valloria

Interviú

Juan Barco, de quien decimos algo en otro lugar, es hombre de capacidades múltiples, de talentos varios é interesantes; y si es de admirar por lo bien que maneja las finanzas y la psicología, no lo es menos haciendo cuentos ó dramas, ó crítica musical, ó metiéndose en los hondones de aquello de que quiera hacer historia para hacerla con belleza.

Una de las cosas que más nos atraen hacia este salmantino son sus dotes de historiador, producto de las que conocemos algunos trabajos primorosos, que, cuando se publiquen, llamarán la atención y serán elogiados, sin duda.

Historiadores como Barco son los que aquí hacen falta, pues apenas hay sino desenterradores de osamentas. Barco resucita muertos; al conjuro de sus virtudes de historiador artista, Lázaro se levanta. A lo que no tiene Barco derecho es á de-

morar mucho la publicación de sus trabajos históricos.

Visitamos á menudo á este hombre, y hace unas pocas noches hablamos con él de historia salmantina, que él conoce más y mejor que nadie. Y fué de las Comunidades en Salamanca de lo que nos ocupamos especialmente, de los hombres *perdidos*, como alguien llamó á varios de aquellos comuneros, y de sus hechos memorables. *Perdidos* los llamó el Cardenal, y, en efecto, muchos perdieron la vida por amor á las libertades. Por haberse *perdido* combatiendo repugnantes extranjerismos, que ponían en peligro hermosas tradiciones castellanas, por haberse *perdido* aquellos bravos, *se les encuentra* en el alcázar de la gloria.

Es fuente de extrañas y sugestivas emociones remontar siglos, y pasar á vivir á los días de las Comunidades, v. gr., en los que estalló la lucha de lo español y lo extranjero, y venció lo extranjero á lo español, siquiera fuese, como no podía menos, transitoriamente.

Conducidos por Barco hemos penetrado, dentro de la Historia, en capas ya profundas; hemos vivido un rato en el cuarto primero del décimosexto siglo, en la Salamanca de entonces, y nos hemos encontrado con tipos más ó menos conocidos de todos, pero también con algunos que acaso sólo Barco conozca.

Barco nos ha dado á conocer á Juan Valloria,

un pellejero de aquellos días que llegó á máximo caudillo de los comuneros salmantinos del pueblo, y aun á *rey de Salamanca*, y que, después, llegó á *perdido*, á ajusticiado, sin que se sepa cuándo ni dónde le ajusticiaran.

Valloria vivía de hacer pellejos, y vivía bien, pues era feliz con el fruto de su trabajo y con el amor de su mujer y el de una niña que Dios les había dado.

Con motivo de la llegada á Salamanca de algunos alféreces del Emperador Carlos V, que fueron enviados allí, como lo fueron otros á otras partes, para el establecimiento de las milicias imperiales ideadas por Cisneros, hubo que hacer alojamientos, y uno de los alféreces fué alojado en casa del pellejero Valloria, que estuvo siempre exquisito, como todos los de su casa, con el huésped — las delicadezas y la gente del pueblo no son incompatibles —. La que más *exquisita* llegó á estar con él fué la mujer de Valloria, quien, al regresar un día á su domicilio, los sorprendió robándole la ventura. El alférez pudo ganar la escalera y la calle, huyendo con rapidez de rayo, y cuando el traicionado pellejero va á quitar la vida á su mujer, aparece, conmovida y desconcertada, su hija, que desde la puerta de casa, donde estaba haciendo labores, ha subido, ante la huída vertiginosa del alojado y ante los ayes, gritos y voces de arriba.

Era un día crítico para la guapísima pellejerita, pues principiaba á *ser mujer* aquel día precisamente. Cuando Valloria iba á hundir una daga en el corazón de la adúltera, se les aparece la hija, y tal emoción causa en el padre su presencia, que, dejando ilesa á la mujer, abraza á la muchacha — á quien tan alterada y extraña encuentra — y se la trae á un dormitorio y la deja acostada, y luego sube á buscar á la pecadora y la baja arrastrando hasta junto á la niña, cuyo cuidado más amoroso le encomienda.

Y sale Valloria, ebrio de deseos de venganza, en busca del ladrón de su ventura; pero... no le halla, no puede hallarle, porque los alféreces del Emperador ya se han marchado de Salamanca.

.....
.....
Valloria ingresó á su mujer en un convento de arrepentidas.

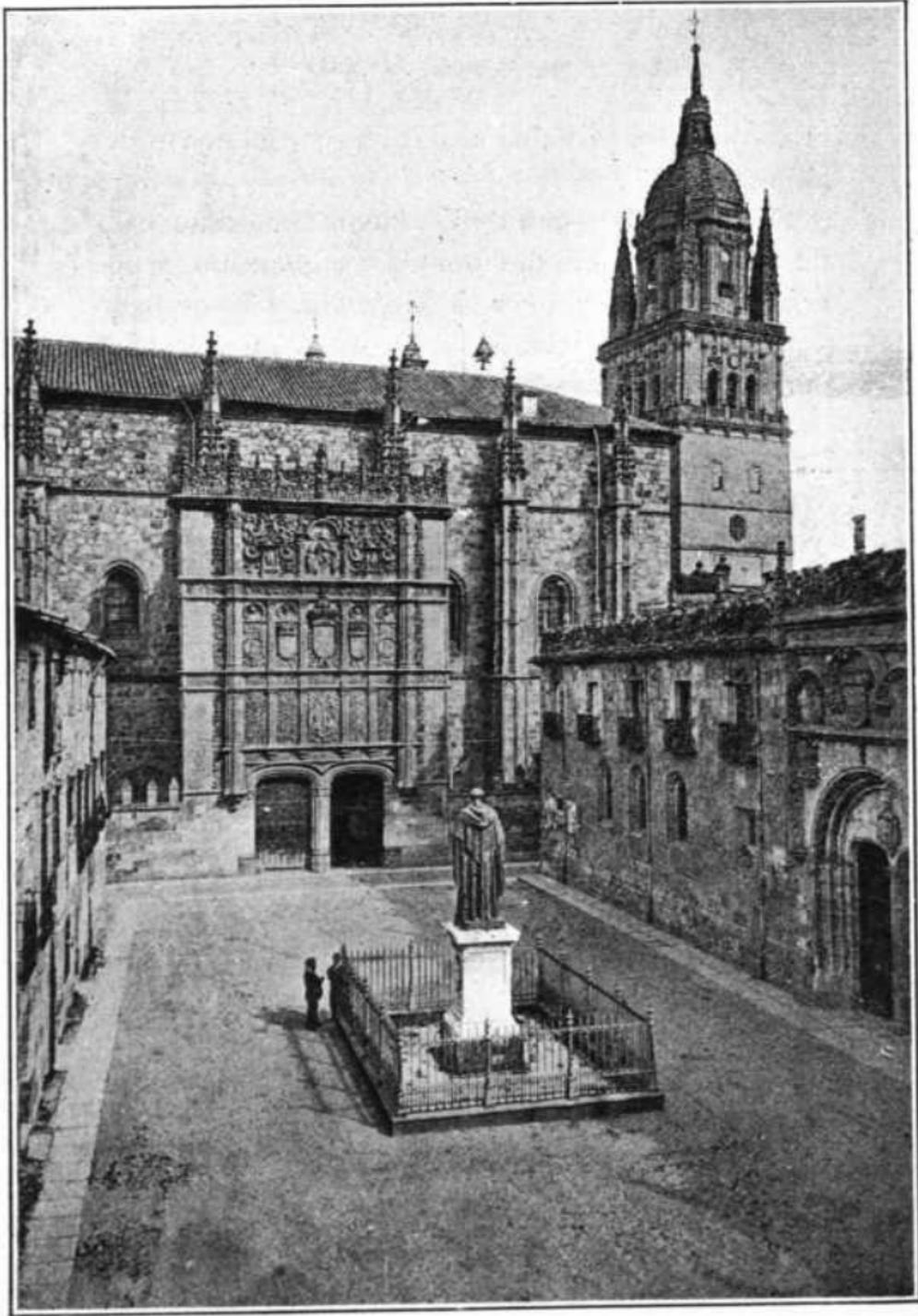
¿Y la pobre muchacha? Primero estuvo idiota un mes y después estuvo loca toda su vida. Acompañados de Barco la hemos visto más de una vez retratando su juventud, su belleza y su desequilibrio en las claras linfas del Tormes.

.....
.....
Valloria tuvo que ser comunero, y que serlo con una intensidad tan grande como la desgracia que

el Emperador le había acarreado con el envío del alferez.

Fué Valloria comunero, y llegó á máximo caudillo del comunerismo popular salmantino, y por *veinticuatro horas á rey de la ciudad*, y luego llegó á *perdido*, á ajusticiado, sin que se sepa cuándo ni dónde le ajusticiarán.





FACHADA DE LA UNIVERSIDAD



La Universidad de Salamanca y la cultura

Tantísimos son y tan ilustres los maestros y discípulos que ha producido la Universidad de Salamanca, y tan copiosas y notables sus aportaciones á la cultura, que sería imposible dar cuenta de todo ello, no ya sólo en unos apuntes muy rápidos y breves, pero ni siquiera en una larga serie de voluminosos libros.

Un pensador argentino, Carlos Octavio Bunge, que es, á veces, más aparatoso que profundo, sin que deje de decir, en otras ocasiones, cosas bellas, habla, en su libro *Nuestra América*, del lema del escudo de la Escuela salmantina, *Omnium scientiarum princeps Salmantica docet*, y lo tiene por hinchado, y revelador, con otros hechos que presenta y aduce, de la propensión de los descendientes del pueblo ibero á la ampulosidad retórica. A Bunge le placería que el lema de la Es-

cuela de Salamanca fuera sencillo. No se ve bien la sencillez en el afán de complicar lo que de por sí es llano, ni en andar á caza de inducciones psicológicas queriendo ver la retórica propia donde no existe retórica. La verdad es sencilla, y verdad es, y bien conocida, que Salamanca enseñó al mundo como maestra de todas las ciencias.

Alfonso IX, padre de San Fernando, fundó la Universidad salmantina á fines del siglo XII ó principios del XIII, y ya en el mismo siglo XIII tuvo aquella Universidad intervención en obras cuya memoria será perdurable, porque *Las Siete Partidas*, maravilloso monumento legislativo, cuya autoridad en bastantes respectos no ha podido extinguirse, las formaron y recopilaron hombres eminentes de aquella Escuela á instancias de Alfonso X el Sabio, el más grande y simpático de cuantos Reyes ha habido en España. *Dum considerat celum, observatque astra, terram amisit*, se ha dicho de Alfonso X; *cerebro de gigante y corazón de niño*, cuyas observaciones astronómicas y consideraciones celestiales son de bastante más substancia y duración que las conquistas terrestres de otros. Cuanto más arriba se mire, más persistente importancia se tiene en la Historia.

En tiempo del Rey Sabio tenían mucho auge en la Universidad de Salamanca los estudios astrológicos, y Don Alfonso dispuso que aquellos astrólogos sometieran los cálculos astronómicos á re-

glas. Entonces se formaron las célebres *Tablas Alfonsinas*, y aunque en su elaboración intervinieron sabios de otras Escuelas y el Rey examinaba los trabajos en Toledo, donde la Junta de Astrólogos residía, es lo cierto que la mayor parte de los sabios que la formaron pertenecían á la Escuela de Salamanca. Otros libros se escribieron por la Junta, con beneficio y adelanto de la ciencia astronómica.

También son del siglo XIII inmensos servicios prestados por la ya insigne Escuela á las ciencias médicas y naturales, merced á las traducciones que maestros suyos, acabados arabistas, hicieron al latín de los trabajos de Avicena y Averroes.

El siglo XIV parece como que elaboró, en la fecundidad del silencio, grandezas y glorias posteriores, y ya en el XV la Universidad de Salamanca tenía maestros que iban á enseñar á otras Escuelas, como Bartolomé Ramos, que fué á enseñar música á la de Bolonia (fundada por el gran cardenal Gil de Albornoz, que había sido dignidad del cabildo de Salamanca con el título de arcediano de Ledesma), y como Pedro Ciruelo, teólogo, filósofo y matemático, que fué á enseñar á la de París.

También figuró Salamanca, en esta misma centuria, en el Concilio de Basilea, y allí se lucieron soberanamente, entre otros, Juan de Segovia, que por orden de Don Juan II llevó el nombre de la

Universidad en el Concilio, y Alfonso de Madri-
gal (*El Tostado*), que fué el hombre más sabio del
siglo xv.

En las praderas y soto de *Otea*, tan celebrados
por los poetas como el *Zurguén* y el *Tormes*, An-
tonio de Nebrija, autor de muchísimas obras no-
tables, escribió, por encargo de Isabel la Católica,
una *Gramática castellana*, la primera de cuantas
se escribieron. ¡En qué preciosos é inspiradores
sitios escribía y estudiaba Nebrija! Cuando cole-
gial, se sentaba á estudiar, también por allí, en la
Peña de Santo Toribio. Si *La Flecha* llenó de ins-
piraciones al maestro fray Luis, cuánto no deben
á *Otea*, al *Zurguén* y al *Tormes* espíritus tan altos
como Nebrija, Meléndez Valdés, Iglesias, Jovella-
nos, Quintana y otros. Las bellezas del alma y
sus aladas flores, acrecidas por el encanto de las
campesinas verduras, el de las claridades del agua,
el de los cánticos de las aves y el del apartamien-
to de ciertos ruidos, desasosiegos y devaneos.

En el siglo xv dió la Escuela de Salamanca al
cardenal Cisneros, uno de los gobernantes más
grandes que ha habido, y á fray Bartolomé de las
Casas, corazón pletórico de filantropía.

A fines de esta misma centuria fué cuando Deza
y la Universidad salmantina patrocinaron los pro-
yectos de Colón para el descubrimiento de Amé-
rica. Es imposible arrebatár á Salamanca su in-
mensa intervención y su inmensa gloria en aque-

lla gigantesca epopeya, especie de *Renacimiento Cósmico*.

Aquí será donde rápidamente digamos algo de lo que debe América á Salamanca. Fernán Pérez de Oliva, hijo de la ubérrima Universidad, fué el primero que escribió sobre Colón. Frailes dominicos del convento de San Esteban fueron los primeros que organizaron misiones permanentes para la conquista espiritual de aquellos países. Un alumno de Salamanca, fray Bartolomé de las Casas, fué el adalid de la libertad de los indios, anticipándose á las concepciones humanitarias de los tiempos modernos; Domingo de Soto, dominico de San Esteban, fué quien sostuvo contra Sepúlveda, que defendía la esclavitud, la doctrina cristiana de los derechos del hombre. La legislación de Indias, la más sabia de cuantas legislaciones colonizadoras se han escrito, muchísimo es lo que debe á los maestros de Salamanca. Hernán Cortés, que allí estudió Filosofía, pero á quien *no se aventaja la viveza de su espíritu con la perezosa diligencia que requieren los estudios*, conquistó á Méjico. Hijos de la Escuela salmantina fundaron, entre otras, casi todas las Universidades del continente americano.

Cuando más brilla por su sabiduría la madre de tantos prodigios es en el siglo XVI, cuando puede ostentar á Melchor Cano, autor de *De locis theologis* y de otras obras, y que tan insigne

fama alcanzó en el Concilio de Trento; al ciego Francisco Salinas, que fué maestro de Música en Salamanca y en Italia, y que escribió *De musica libri VII*, con los que se hizo célebre; á Arias Montano, director de la segunda Biblia Políglota; á Pedro Ponce, que hizo hablar á los sordomudos; á Francisco Sánchez de las Brozas (a) *El Brocense*, que penetró mucho en la filosofía de la Gramática; á fray Luis de León, batallador y dulce á la vez, poeta, teólogo, escriturario, místico, etcétera, que escribió, entre otras maravillas de estimación eterna, *Los nombres de Cristo*; á Francisco de Villalobos, médico del Emperador Carlos V; á Santo Tomás de Villanueva y á otros muchos cuya cita es imposible en los límites de estos apuntes. A la Universidad de Salamanca se consultó sobre la Corrección Gregoriana del Calendario y dió un sapientísimo informe, uno de cuyos autores fué fray Luis de León.

Más de 50 teólogos de Salamanca estuvieron en el Concilio de Trento, sobresaliendo entre ellos y entre todos los allí reunidos fray Domingo de Soto.

Del siglo XVII mencionaremos sólo á Diego Saavedra Fajardo, á Esteban Manuel de Villegas, á Ambrosio de Morales y á Diego Hurtado de Mendoza.

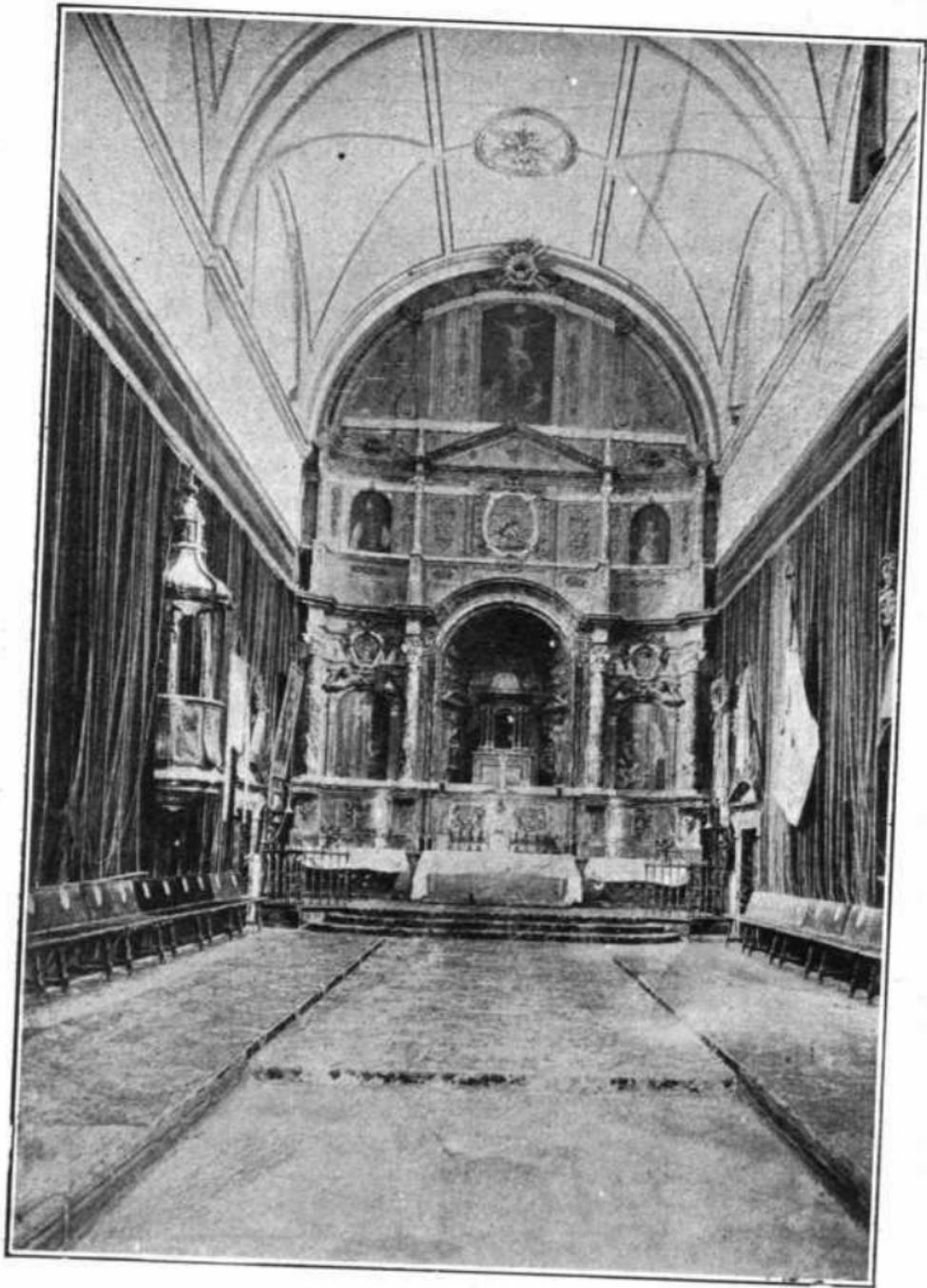
Del XVIII, al gran disector Sánchez Maillo y al inmortal Juan Meléndez Valdés, sobre quien

va en otro lugar de este librito un sucinto trabajo.

He aquí algunos nombres del décimonoveno siglo y del presente: Bartolomé José Gallardo, Juan Nicasio Gallego, Quintana, Sánchez Barbero, Muñoz Torrero, el cardenal Cuesta, Madrazo, Martín Herrera, Pérez Pujol, Sánchez Ruano (*El Charro*), Tomás Rodríguez Pinilla, Alvaro Gil Sanz, Ventura Ruiz Aguilera, Isidro García Barrado, Enrique Gil Robles, Fermín Hernández Iglesias, José María Gabriel y Galán, Manuel Villar y Macías, Antonio García Maceira, Luis Maldonado, etcétera, etc.

Omnium scientiarum princeps Salmantica docet.
¿Será ampuloso el lema del escudo del *alma mater*?





LA CAPILLA DE LA UNIVERSIDAD



Decíamos ayer...

En el patio de Escuelas se levanta la estatua del maestro, gloria de la Universidad de Salamanca, de la Orden de San Agustín y de la humanidad, Fr. Luis de León, y la cátedra de este coloso puede verse, en la Escuela Salmantina, poco menos que como se encontraba cuando él daba allí sus substanciosas lecciones.

Es tan profunda la veneración de Salamanca por Fr. Luis, que parecen como consubstanciales, y lo son, sin duda, la ciudad y el agustino. Aunque naciera Fr. Luis en Belmonte, no es de Belmonte más que de Salamanca, porque no se es precisamente de donde se nace; de donde más somos es de donde más nos formamos el alma. Y en Salamanca, adonde fué muy joven, pasó Fr. Luis la mayor parte de su vida.

Por haber producido maravillosos versos, y haber traducido el *Cantar de los Cantares*, y escrito

los *Nombres de Cristo*, y estudiado y explicado, llenándolas de gloria, en las salmantinas aulas, y hecho otras geniales obras y contraído otros ilustres méritos, era, y es, y seguirá siendo extraordinario el cariño de la ciudad al agustino; pero lo que más envanecía, á Salamanca sobre todo, era el *Declamos ayer...*, que se creía que había dicho Fr. Luis al reanudar su clase, luego que retornó á ella de las cárceles de la Inquisición en Valladolid, en las que le tuvieron encerrado durante cinco años. El *Declamos ayer...* era considerado y venerado cual timbre preclarísimo de la ciudad y de su Escuela, porque enamora que Fr. Luis, como poeta, apenas tenga quien le supere, y que los *Nombres de Cristo*, tan preñados y dulces, sean uno de los mayores monumentos de nuestra mística, y que *La Perfecta Casada* sea un tesoro de delicadezas, ternuras, exquisiteces, encantos, gracias y resplandores, lo mismo por su contenido que por su forma; pero ni esto, ni mucho más, se tenía en tanto como la frase, que revelaba algo que está por encima del entendimiento y de la ciencia: el olvido y el perdón del mal que le habían hecho. El Fr. Luis era, principalmente, «el amoroso», el del *Dicebamus heri*.

No hace todavía mucho, un padre dominico, que en lugar de escribir, vocifera, y en lugar de discutir, insulta, ha escrito negando que Fr. Luis pronunciara el *Declamos ayer...*

Es muy digno de ser tristemente famoso el libro del P. Getino. Combatieron poco los dominicos al pobre Fr. Luis y había que combatirle más todavía. No podían arrebatarle la grandeza del númen, la de la ciencia, la de la pluma ni otras, y han querido arrebatarle la grandeza del sentimiento. Como el *Declamos ayer...* era la más alta corona de Fr. Luis, había que procurar arrancársela. El P. Getino ha trabajado en tan cristiana empresa todo lo que ha podido; pero no lo ha logrado, á pesar de sus hallazgos, que él tiene por dichosos, en las bibliotecas.

¿Que Fr. Luis no tomó posesión, al regresar de las cárceles de Valladolid, de la misma cátedra que desempeñó antes de ir allá, porque ya había prescripto su derecho á ella y estaba ocupada por otro maestro? No importa.

¿Que fué bastante después, cuando nuestro agustino tomó posesión del partido que el claustro le asignó, y que allí, además de no ser su misma clase, eran diferentes también el auditorio y las materias? Tampoco importa.

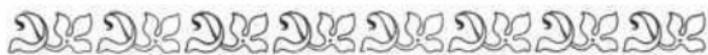
No; nada de esto ni de cuanto alega el dominico puede ir en contra del *Declamos ayer...*, en contra, no precisamente de que lo dijera — que eso es lo de menos —, sino de lo fundamental, que es esto otro: si Fr. Luis, dada su calidad interior, su temperamento espiritual, hubiera sido ó no capaz de decirlo.

Fuera de prescripciones de cátedras, y de transcurso de tiempo, y de auditorios distintos, y de materias diferentes, lo que Getino quiere es que Fr. Luis sea incompatible con la amorosidad y la ternura que corresponderían á una frase como el *Decíamos ayer...*

Y no hay que comulgar con el dominico. Sería Fr. Luis muy litigante, serían muchos sus pleitos, creería tener más enemigos que los que tuviera realmente (no tendría pocos, dadas sus condiciones excepcionales); pero *Dios nos libre del agua mansa*. En las entrañas de estos genios difíciles suelen morar los más nobles y bellos corazones.

Léanse bien las obras de Fr. Luis, suprema revelación de su alma, y se verá cómo poseía un caudal de ternura que podía permitirle dar al olvido el mal que le habían hecho. El mismo Getino, hablando de Fr. Luis como poeta, dice de éste que *calma las pasiones con su balido de recental*, que *nos subyuga é inunda de placer* y que *alumbra sin herir, luce y consuela como lámpara de angusto santuario*.

No dijo el gran agustino *Decíamos ayer...*, pero es esta una frase que no repugna á la excelsitud de su alma, antes se aviene muy bien con ella. Por eso, aunque no la dijera, se le ha atribuído, y por lo mismo no tiene menos valor que si la hubiera pronunciado.



Estudiante de Salamanca

La idea que todos tenemos del estudiante de Salamanca es legendaria ó picaresca. Es el estudiante de Espronceda, ó el compañero del *Buscón*, el que domina nuestras imaginaciones. De este modo la Universidad de Salamanca, como la de Alcalá, que escucharon las lecciones de los más sabios maestros extranjeros y enviaron después sus estudiantes para que el mundo los oyera y aprendiera de ellos, no viven en la literatura sólo por el recuerdo de su sólida cultura científica.

Los episodios más naturalistas de la vida picaresca, las aventuras más desatentadas, las burlas, las pependencias, las rondas, los motines... Eso es lo que, al parecer, caracterizaba á aquellos jóvenes que argumentaban junto á los tizones de la Inquisición, disponían de lo ajeno, se adornaban con su pobreza y se burlaban de su propia sombra.

Tiempos y costumbres eran entonces — según un grave autor (1) — de una inmoralidad grosera y profunda, fuera y dentro del claustro universitario. La Universidad de Salamanca se regía por sí misma. Los estudiantes nombraban catedráticos y rector y consiliario. La disciplina interior, desquiciada, puesto que los profesores tenían que congraciarse con los estudiantes para que les reeligieran al acabar el cuatrienio; en lucha constante la severidad de los maestros y el interés de la Universidad, cuyas rentas disminuían si los alumnos se iban á otra parte; oprimida por la protección de las autoridades eclesiásticas y por el descuido de la autoridad real. Esta era la situación ordinaria de la Universidad.

Pero los estudiantes salían de sus estudios templados ya para la vida. No eran niños de veinte años que caen del aula como de un nido y llevan todavía el cascarón materno. La Universidad era la lucha en campo abierto. La lucha á silogismos en el aula, á estocadas en la calle. Estudiantes y ciudadanos andaban á la greña. ¡Favor al colegio! — gritaban por un lado. — ¡Favor á la ciudad! — por otro. — Y ya estaban las espadas por el aire y la sangre por el suelo. Era *la espuma del fervor académico*, según la benigna frase de Cisneros, que los llevaba á arrancar á un sentenciado de

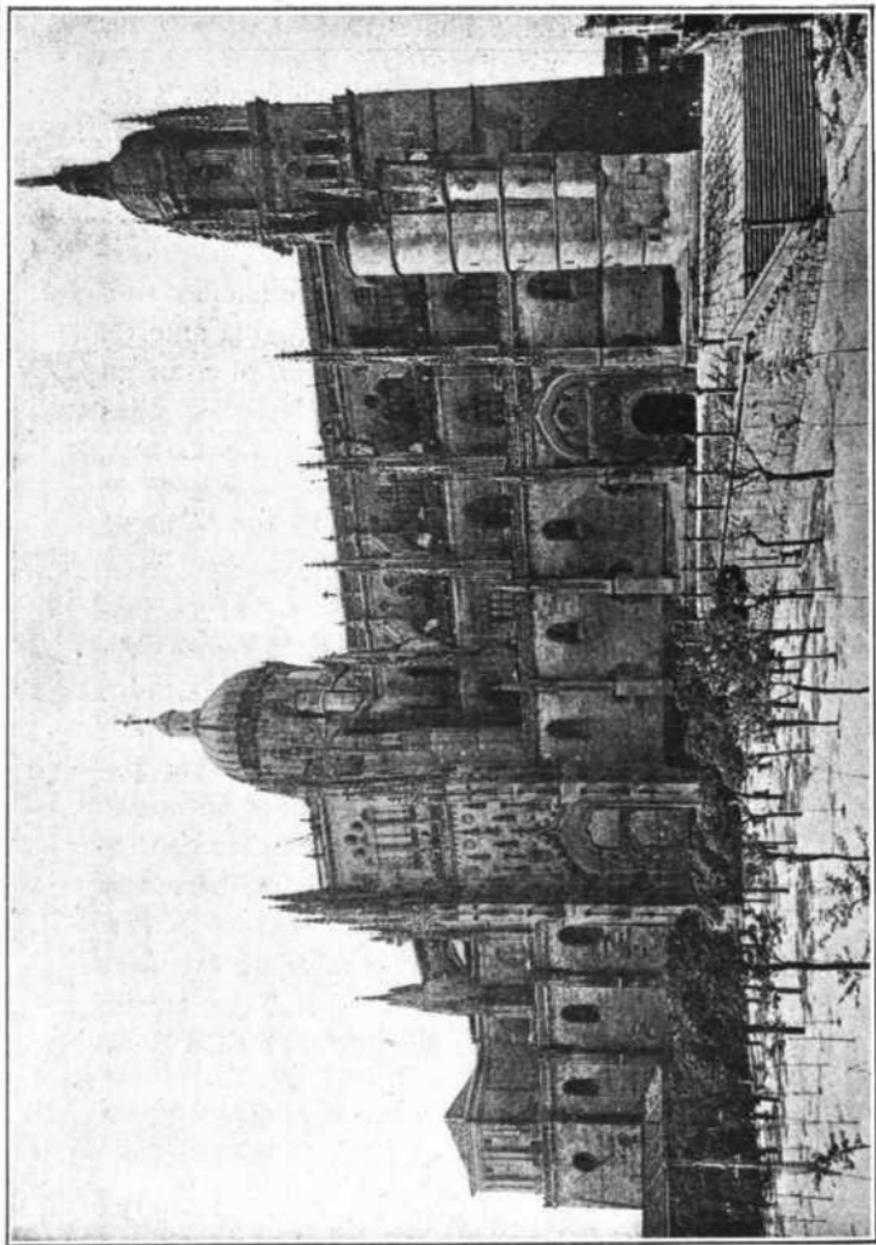
(1) Lafuente, *Historia de las Universidades*.

manos del verdugo y á moler á cintarazos á los mismos pajes del Rey.

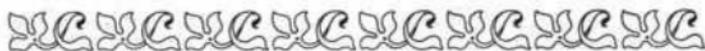
En Salamanca las luchas entre fray Luis de León y León de Castro no son más que anillos de una inmensa cadena de disensiones, nunca terminadas por la confesión de un convencido, sino por el encarcelamiento, ó el destierro ó la muerte.

Cuando los estudiantes de ahora piensan en aquellos tiempos, no ven atravesar por las calles de Salamanca al trashumante Iñigo de Loyola, vestido con tosco sayal y descalzo, rechazado de todas partes por no estar ordenado en Teología. Ven la turba independiente y brava de «gente moza, antojadiza, arrojada, liberal, gastadora, discreta, diabólica y de humor», que describía Cervantes; los nobles con sus pajes, los embozados que tiran piedrecillas á las celosías de una ventana misteriosa, las dueñas que avanzan como pavos reales, luciendo sus blancas tocas, su manto de lana y su báculo ó junco de las Indias con remate de plata; las discretas tapadas, hermosas como luceros matutinos, escondidas en su modestia hasta que la mano ensortijada de un caballero saca á la luz del día la perla que halló en la casa solariega ó en el propio miserable chiscón de *la tía fingida*.





LA CATEDRAL NUEVA



La Catedral nueva

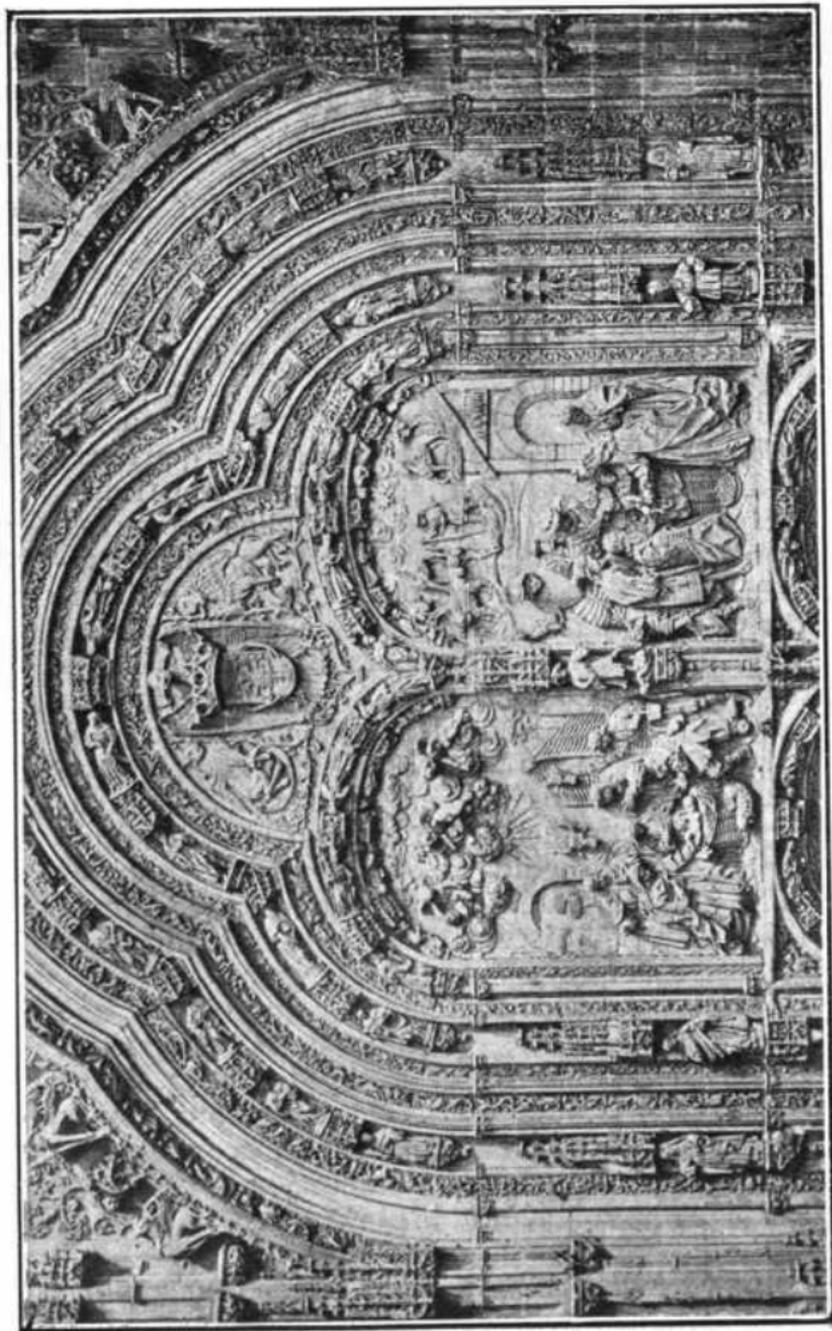
En tiempo de los Reyes Católicos era tan numeroso el personal de la Catedral vieja, que necesitaba otra iglesia más grande, y, para construirla, el Cabildo pidió permiso á aquellos monarcas, quienes, no solamente lo dieron, sino que lograron que el Papa Inocencio VIII permitiese invertir en las obras algunas rentas eclesiásticas. Los primeros planos para la nueva Basílica los hicieron D. Antonio Egas y D. Alonso Rodríguez en el año 1509. El Cabildo examinó con calma estos planos y luego los sometió al estudio de los mayores arquitectos que en España había entonces. Los arquitectos presentaron uno definitivo en 1512 y en seguida se encomendaron las obras á D. Juan Gil Ontañón á quien, en aquel siglo XVI, en el XVII y en el XVIII, sucedieron en la dirección de las mismas otros maestros insignes.

De los del siglo XVIII no hay que olvidar que figuraron, entre ellos, unos cuantos Churrigueras.

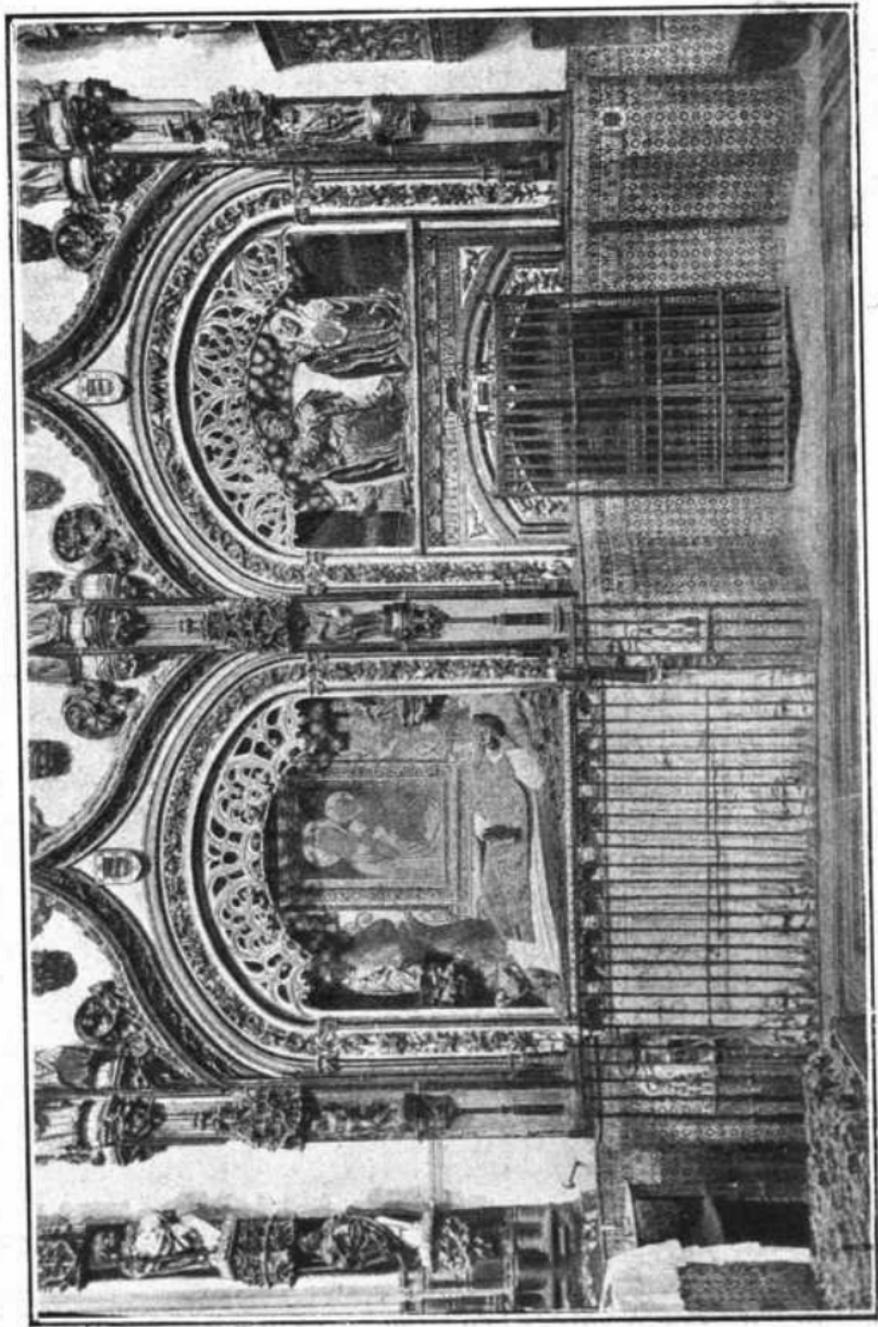
Las obras duraron desde 1513 á 1733, ó sea doscientos veinte años. Un terremoto causó, en 1755, grandes desperfectos en la media naranja y hubo que hacer restauraciones. Entonces se hicieron también otras obras.

La torre fué reforzada en 1771.

La Catedral nueva es una verdadera maravilla.



CATEDRAL. - DETALLE DE LA PUERTA PRINCIPAL



CATEDRAL. - CAPILLA DORADA. - SÉPULCRO DEL FUNDADOR



EL CONVENTO DE SAN ESTEBAN



Convento de San Esteban

Uno de los monumentos más extraordinarios y preciosos de Salamanca es el convento de San Esteban. ¿Lo fundaría acaso el mismo Santo Domingo? Lo que se sabe de ciencia cierta es que los dominicos datan en Salamanca de los primeros años del siglo XIII.

Este convento se llama de San Esteban porque una parte del sitio que hoy ocupa la ocupaba antes una iglesia dedicada al santo del mismo nombre.

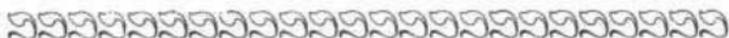
Como fundación dominicana, interviniese ó no en ella el fundador de la Orden, bien se explica que también se llame convento de Santo Domingo.

Las obras para esta maravilla se principiaron en 1524 y terminaron en 1610.

Es este un edificio que si por su belleza es admirable no lo es menos por su íntima relación con algunos hechos de los más famosos de la historia del mundo. Es imposible pensar en el convento de San Esteban sin pensar, v. gr., en aquel teólogo inmenso que se llamó Fr. Domingo de Soto, y que brilló como nadie en el Concilio tridentino, así como en Fr. Diego de Deza, prior del con-

vento, catedrático de la Universidad y confesor de los Reyes Católicos, que tanto contribuyó, favoreciendo á Colón y á sus planes, al descubrimiento de América.

En Salamanca, si se exceptúa la catedral, no habrá, de seguro, nada que exceda en grandiosidad y belleza al convento de Santo Domingo.

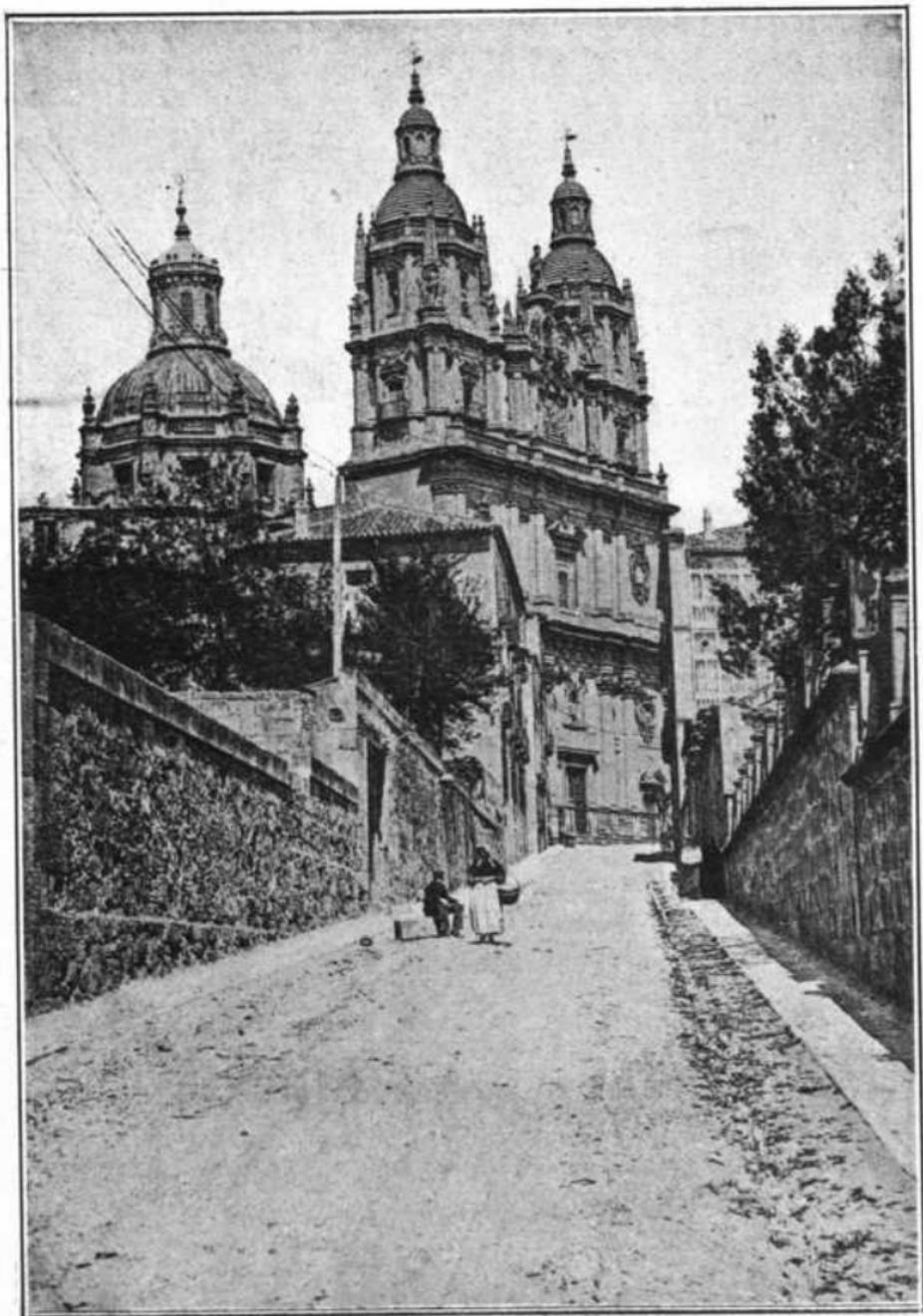


La Clerecía

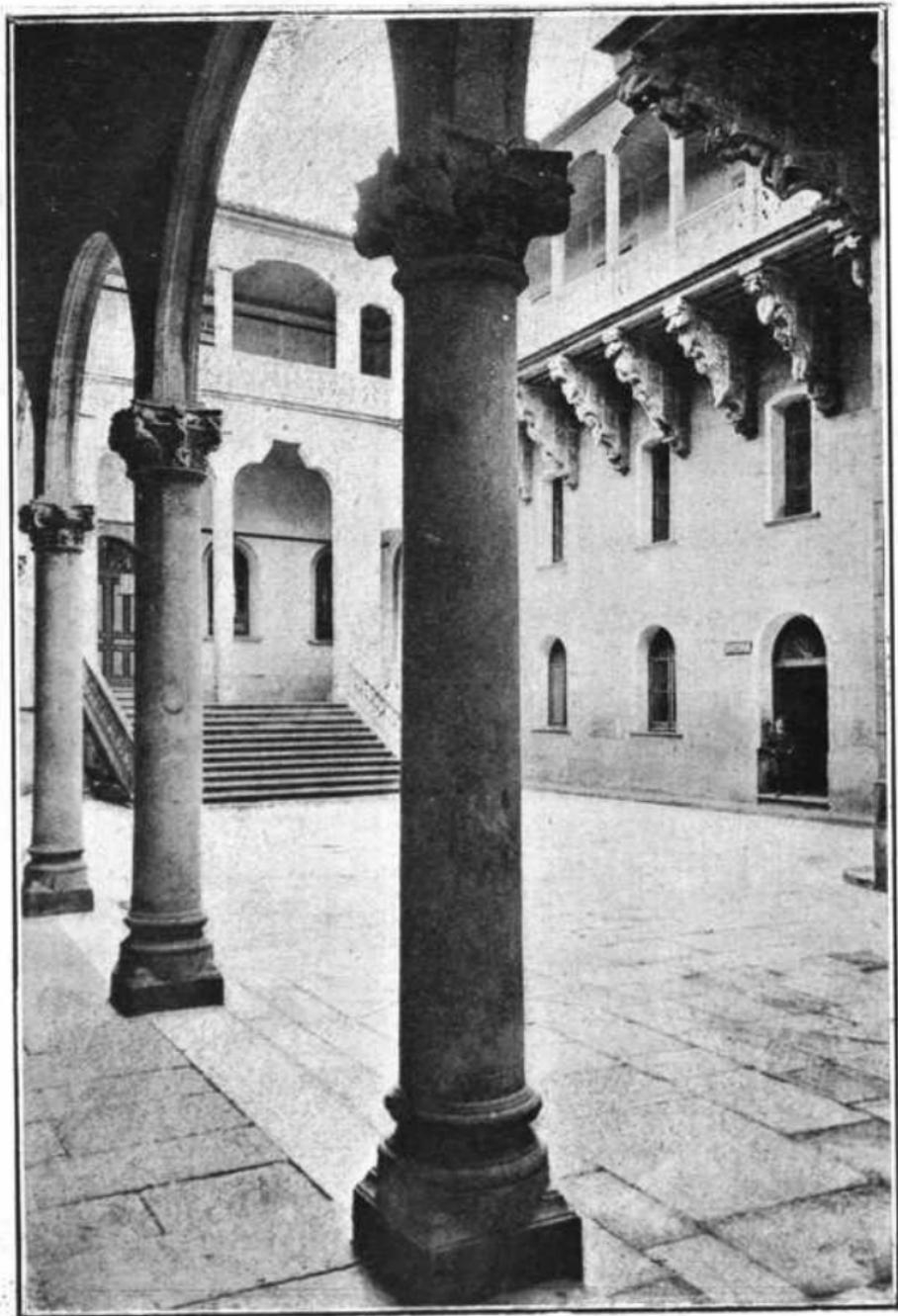


El *Colegio de la Compañía* fué fundado por doña Margarita de Austria, mujer de Felipe III. El solar para la construcción fué elegido el año 1600, y el 1617 se puso la primera piedra. Las obras duraron ciento treinta y tres años. Tiene un área de 20.000 metros cuadrados; costó 27 millones; tiene 527 puertas y 906 ventanas. Sus llaves pesan 19 arrobas. Desde 1665 viven en esta mansión grandiosa, sólida, admirable, los jesuitas de Salamanca. Primero vivieron en unas casas que les facilitó, en 1548, D. Francisco Mendoza, Obispo de Coria; luego, en 1595, fundaron, donde hoy está el Hospicio, un colegio. Finalmente, en la fecha expresada, pasaron al que fué llamado *Colegio de la Compañía*.

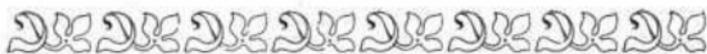




LA CLERECÍA



PATIO DE LA CASA DE LAS SALINAS



La Casa de las Salinas

Hay una tradición, según la que, D. Alfonso de Fonseca tenía una amiga, gallega, que era bastante guapa, y se llamaba D.^a María de Ulloa. Doña María vino á Salamanca con la Corte; el Ayuntamiento trató indebidamente á la amiga del arzobispo, no facilitándola alojamiento, y el arzobispo, muy molestado, aseguró que D.^a María de Ulloa habitaría en Salamanca una magnífica casa, y mandó construir ésta, que se llama de las Salinas. Tal es la tradición, que unos admiten y otros rechazan. Nosotros no juzgamos, pero la tradición nos gusta; es sugestiva. Los que la rechazan se fundan en que un señor arzobispo no podía ser tan atrevido en tiempo de los Reyes Católicos. Semejantes rechazadores no saben lo que se dicen.

Los no tradicionalistas quieren que la Casa de las Salinas no la fundara el señor arzobispo, sino otro señor, desde luego muy poderoso, de la misma familia de los Fonseca, y que no la fundó á principios del siglo XVI, sino ya bien entrado aquel siglo.

Este bello edificio debe su nombre de *Casa de las Salinas* á que en él estuvo, durante muchísi-



mo tiempo, el depósito y despacho de la sal para el consumo público. Ahora está destinado, desde hace algunos años, á Diputación provincial de Salamanca.

El cambio ha sido triste: antes había en la casa *sal*; ahora hay diputados provinciales.



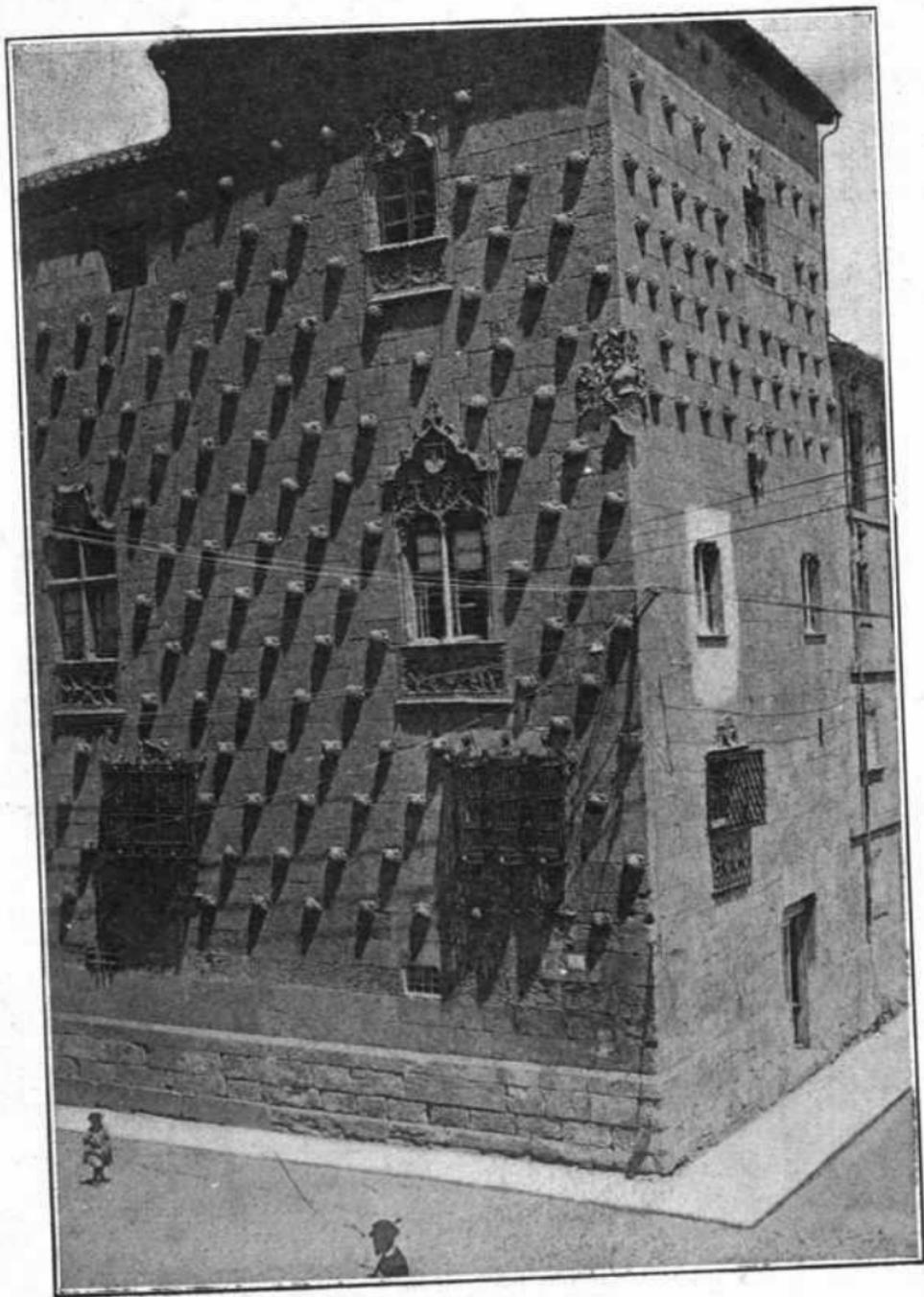
La Casa de las Conchas

Don Rodrigo Arias Maldonado, que á su fe religiosa unía un temperamento artístico intensamente fuerte, quiso dar pruebas de ambos, y acaso también de su espíritu belicoso, convirtiendo la *casa-torre* solariega de los Maldonado en la que hoy se conoce por *Casa de las Conchas*.

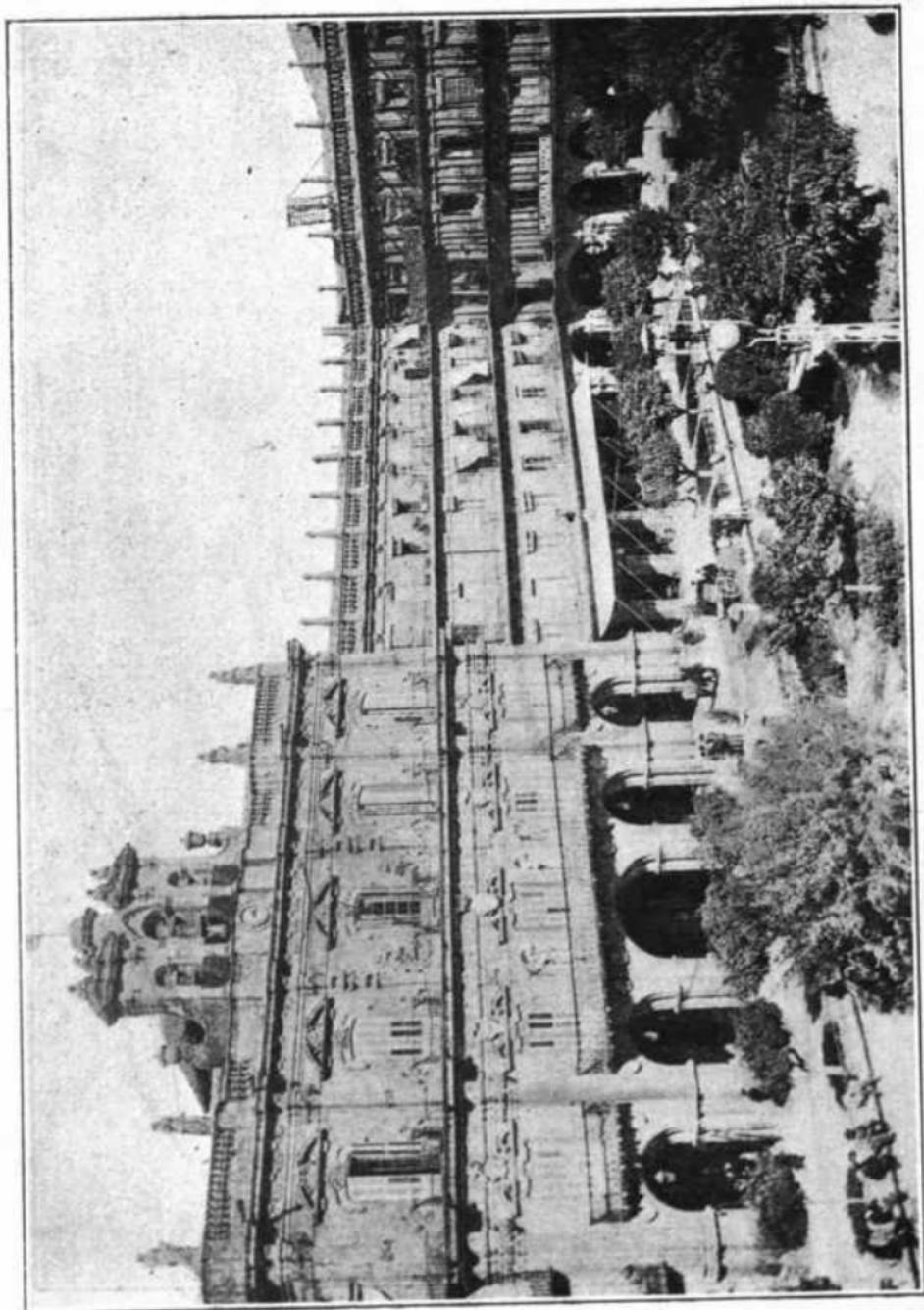
Ésta casa, que es una de las más gallardas muestras del período de transición entre la arquitectura gótica y la del Renacimiento, fué construída á fines del siglo xv.

En la fachada quiso dar su fundador pruebas de su fe mandando ornamentar aquélla con 275 conchas, alusión á las peregrinaciones á Santiago de Compostela; iguales pruebas quiso dar en el torreón, en el lienzo oriental y en la puerta. El torreón tiene 55 conchas; el lienzo oriental 26 y la puerta 40 conchas-clavos.

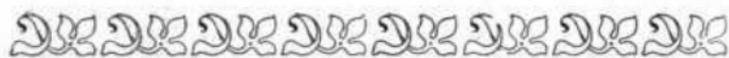
La Casa de las Conchas estuvo á punto de desaparecer cuando los jesuitas construyeron la Clercía.



LA CASA DE LAS CONCHAS



LA PLAZA MAYOR



Plaza Mayor

La Plaza Mayor de Salamanca, que en España no tiene semejante, no habiendo tampoco en el extranjero muchas que la superen, es de tiempo de Felipe V. La cédula fundacional de la plaza, por que tantísimas vueltas dan los salmantinos, la firmó el primer Borbón en 1710.

La construcción tropezó con dificultades grandes, opuestas por los dueños de las casas radicantes en el sitio en que después la plaza fué construída.

Lo nuevo venció, como vence siempre, á lo caído, en esta lucha, y aunque las obras tardaron en empezar, empezaron, por fin, en 1720, y duraron setenta años. Los arquitectos fueron D. Andrés García Quiñones, D. José Lara, D. Nicolás Churriguera y D. Jerónimo García Quiñones.

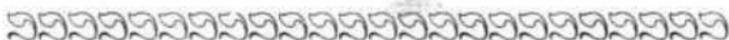
Esta plaza parece cuadrada, pero no lo es. El lado Norte tiene 74 metros; el Sur 82; el Este 78 y el Oeste 82. Tiene 88 arcos y 274 balcones. En el lado Norte de la plaza está el Consistorio.

El lado del Este fué el primero que se edificó. En sus arcos, que son 22, hay medallones de mármol con bustos de monarcas desde Alfonso XI *El Justiciero* á Fernando VI *El Melancólico*.

La espadaña del reloj es de 1852. En el centro de la plaza hay jardines.

Ventura Ruiz Aguilera, en su hermosa leyenda sobre Fray Luis de León, hace existir á la Plaza Mayor de Salamanca en los días en que llegó allí por primera vez el después famoso agustino. Son cosas que no se explicarían ni siquiera por la fuerza del consonante, y que se explican menos en un poeta de la gran talla y de la cultura de Ventura Ruiz Aguilera, á quien, sin duda por tal anacronismo, hicieron más tarde Director del Museo Arqueológico.

Ya queda dicho que las obras de la plaza empezaron en 1720.



La Torre del Clavero

También llaman *Torre del Clavel* á este bello edificio, enclavado en la plaza de los Menores. *Clavel* es una corrupción de *clavero* (llavero), y este último nombre proviene de que el fundador del edificio, D. Francisco Sotomayor, que lo hizo construir en 1480, era clavero de la Orden de Alcántara. No todos convienen en que fundara este edificio D. Francisco Sotomayor, pues hay quienes dicen que lo fundó Don Fray Diego de Anaya, caballero y comendador mayor de dicha Orden.

En Salamanca hubo muchas torres para la defensa de sus diferentes barrios.

La *Torre del Clavero* tiene 28 metros de altura.



LA TORRE DEL CLAVERO



EL CORRILLO



La hierba del Corrillo

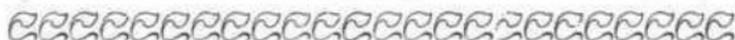


Los bandos de Salamanca no se remontan á doña *María la Brava*, ni á una porción de años más atrás, porque allí, como en todas partes, habría bandos desde que hubiera hombres, que nacieron para amarse, y aun no han dejado de dividirse. Todavía hay bandos en aquella ciudad: los de Clairac y Oliva, entre otros.

Doña María Rodríguez de Monroy, viuda de don Enrique Enríquez de Sevilla, señor de Villalba, vivía en Salamanca á principios del siglo xv, y habiendo sido muertos dos hijos suyos por otros dos de la familia de los Manzano, tomó doña María tan sangrienta venganza de los homicidas que, yendo á Portugal, donde se habían refugiado, los sorprendió é hizo darles muerte y que sus cabezas fuesen traídas, clavadas en picas, á Salamanca. Con tal motivo conquistó doña María el desagradable renombre de *la Brava*, y los bandos se recrudecieron allí hasta el extremo de estar afiliados los salmantinos en el bando de los Manzano ó en el de los Enríquez. La línea divisoria entre unos y otros era *El Corrillo*; así que pisar la hoy pintoresca plaza era muy peiigroso, y tan abando-

nada estuvo que en ella creció la hierba abundantemente, de donde viene el calificativo de *Corrillo de la Hierba*, con que también se la conoce.

Cuando los hombres no pueden pisar por los mismos corrillos, brotan hierbas de odios y calamidades. Las almas amorosas suspiran por el día en que, abrazados los hombres todos, no broten más que bienandanzas.



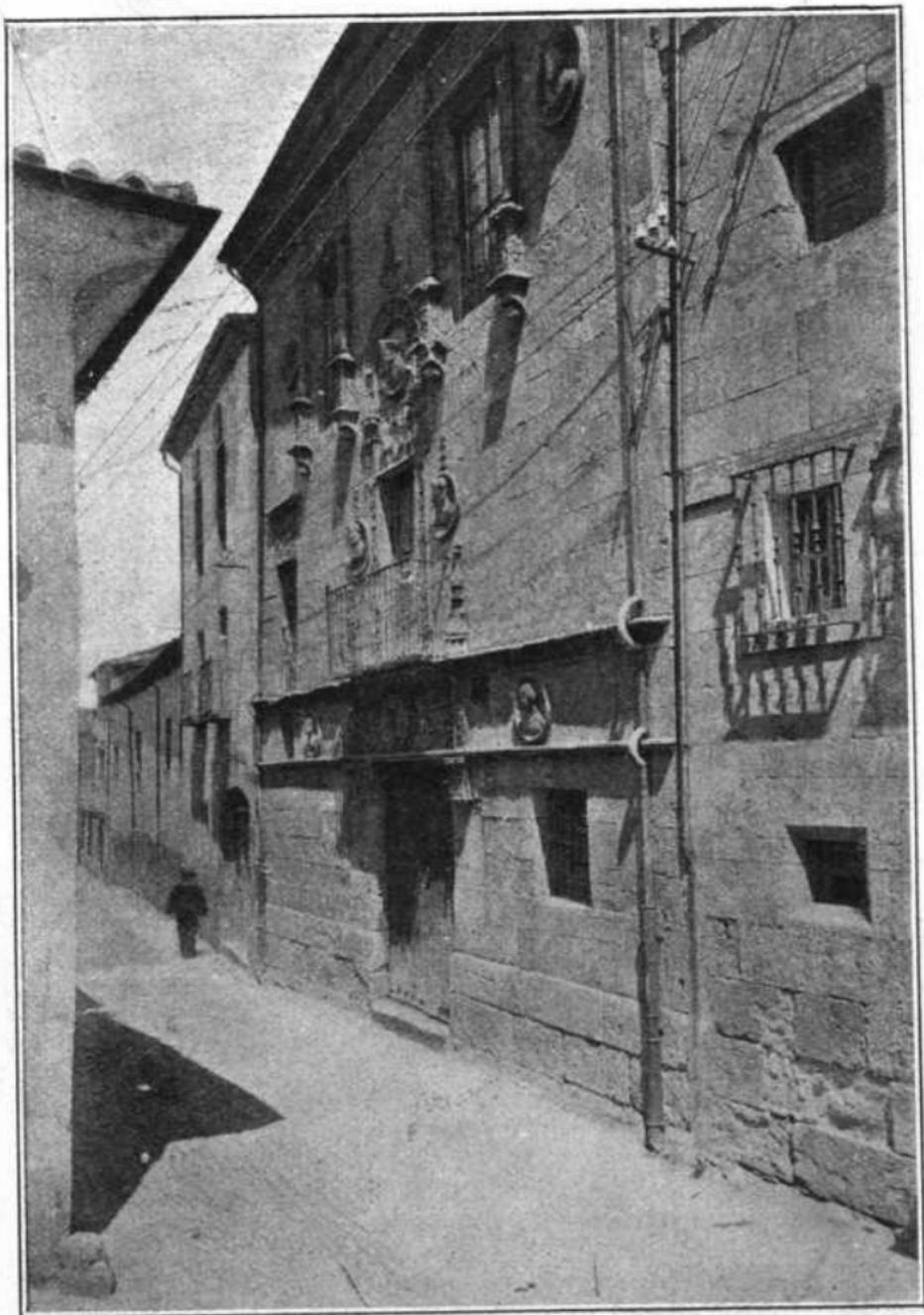
Casa de las Muertes

En la calle de Bordadores está enclavada *la casa* que llaman *de las Muertes*. Hubo un tiempo en que en su portada había algunas calaveras de piedra. Se dice que, hace años, una mujer que vivía sola en esta casa fué asesinada de una manera misteriosa.

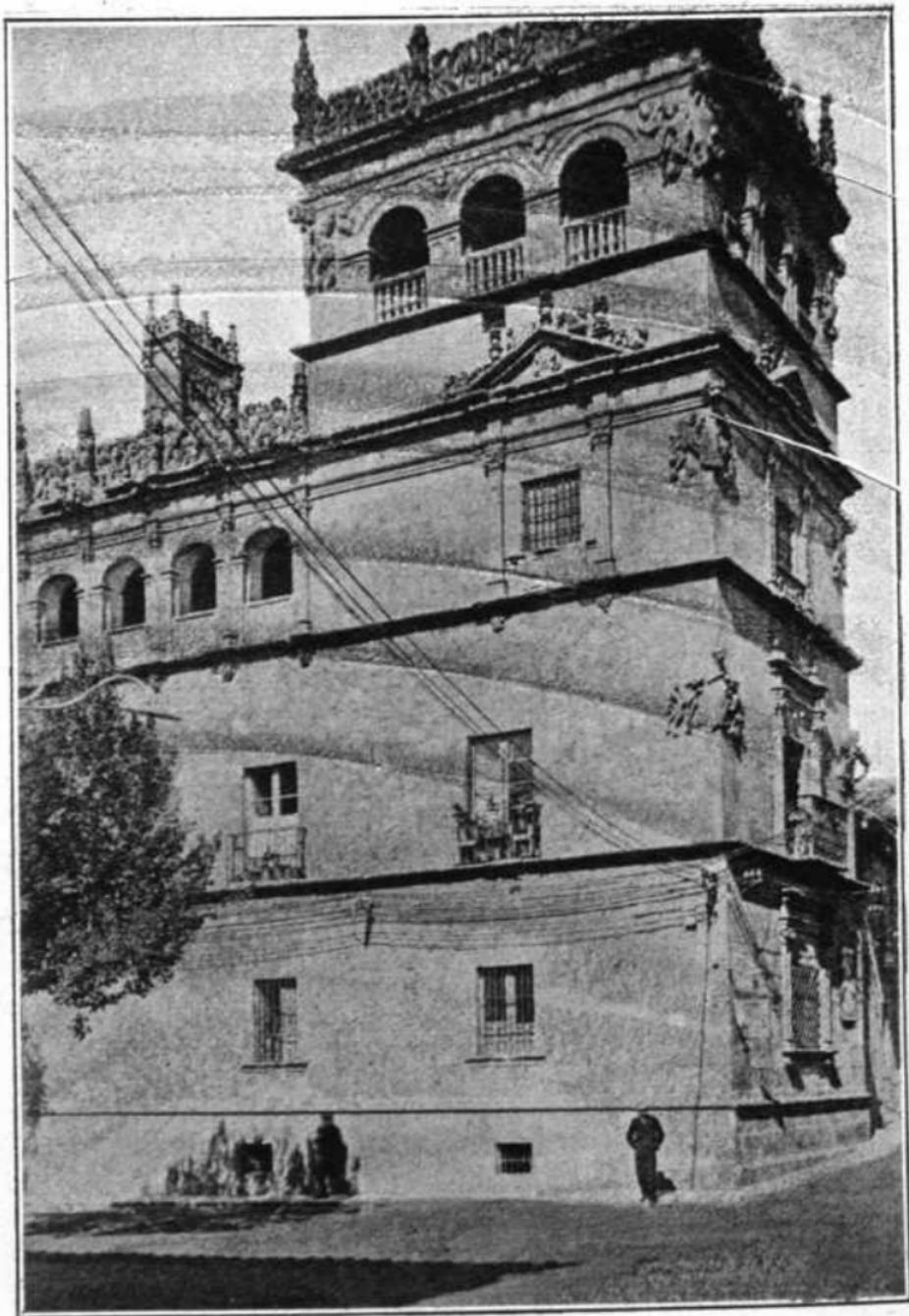
Cuando Pedro Antonio de Alarcón estuvo en Salamanca, en 1877, le dijo una huevera que en esta casa habían muerto malamente siete personas.

Lo cierto es que son muy pocos los que han querido vivir allí.

Don Alfonso de Fonseca, que tantas fundaciones hizo en aquella ciudad, fué también el fundador de *La Casa de las Muertes*.



LA CASA DE LAS MUERTES



PALACIO DE MONTERREY

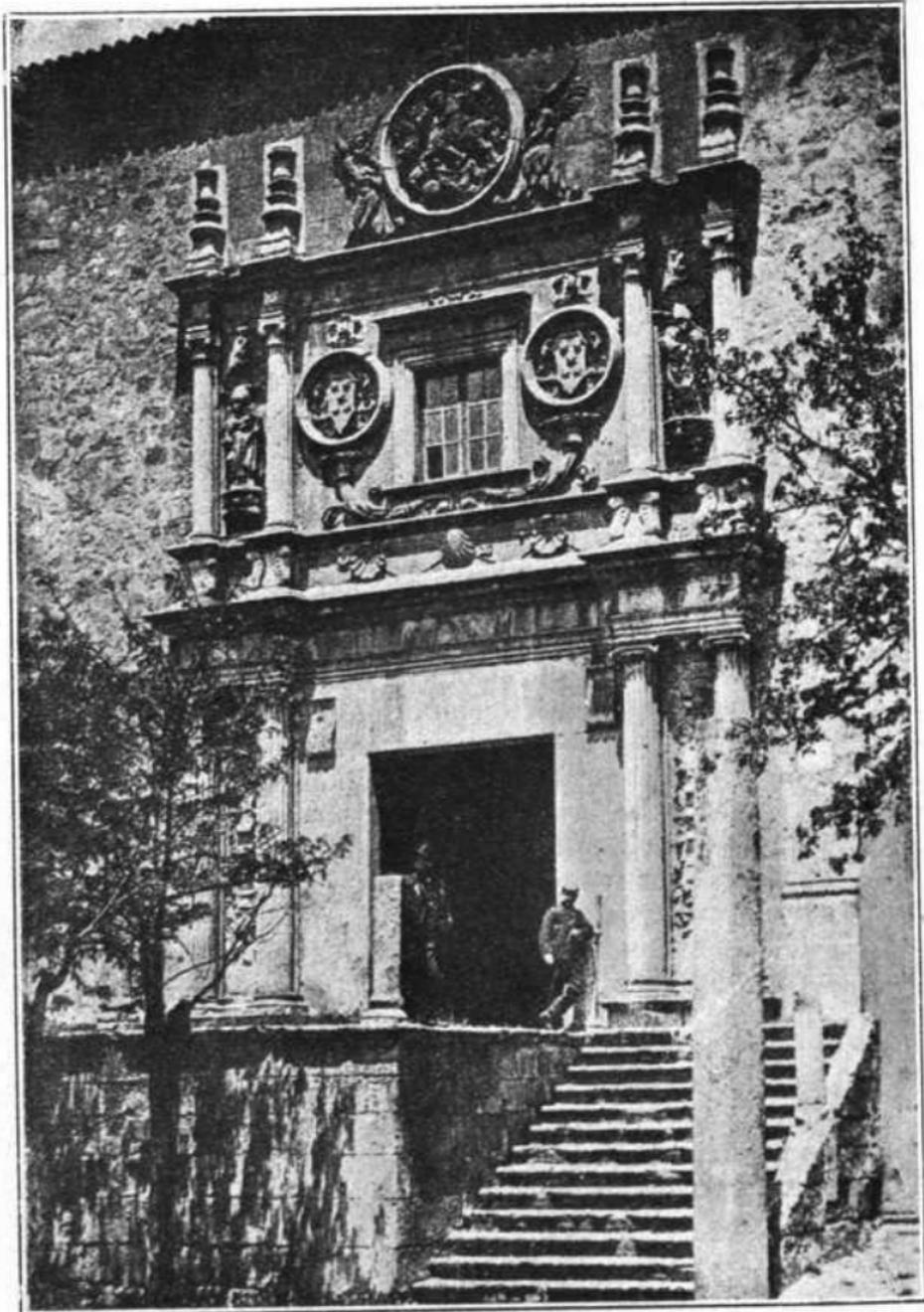


El Palacio de Monterrey

En la misma calle de Bordadores, en que radica la Casa de las Muertes, está el Palacio de Monterrey, que es de fines del siglo decimosexto

El virrey de Méjico D. Gaspar de Acevedo lo mandó construir, el mismo D. Gaspar que dió al mayor de sus hijos el cometido de hacer edificar el convento de las Agustinas para que ingresara en él una hija suya. Catalina se llamaba la joven. Con ser tan bello el Palacio de Monterrey, todavía lo hubiera sido más de haberse construido como se pensó en un principio. Este palacio no sólo es muy precioso por su arte, sino también por sus recuerdos históricos, entre los que figura el haber vivido allí una temporada el milagro de santidad y de genio que se llamó Santa Teresa.

Inspirándose en el Palacio de Monterrey, se hizo el proyecto del Pabellón español para la Exposición Universal de París de 1900. Esta mansión artística é histórica ha hecho prorrumpir á Unamuno en una de sus más bellas y evocadoras poesías.



EL COLEGIO DE LOS IRLANDESES



Los Irlandeses

Este magnífico colegio, donde hoy está también la Facultad de Medicina, tiene en su historia una nota que, por lo relativamente reciente, se nos viene en seguida á la memoria y no podemos menos de comentar. Nos referimos al lastimoso hecho del suicidio de D. Manuel Villar y Macías, historiador que fué de Salamanca. Discutió don Manuel Villar y Macías con el gran periodista Juan Barco, conocedor también grande de la historia salmantina, acerca de la fecha de la fundación de la casa del Arzobispo. Lo de las fechas carecía de importancia; pero es lo cierto que Barco ganó la polémica, y que Villar y Macías no tardó en suicidarse arrojándose al Tormes.

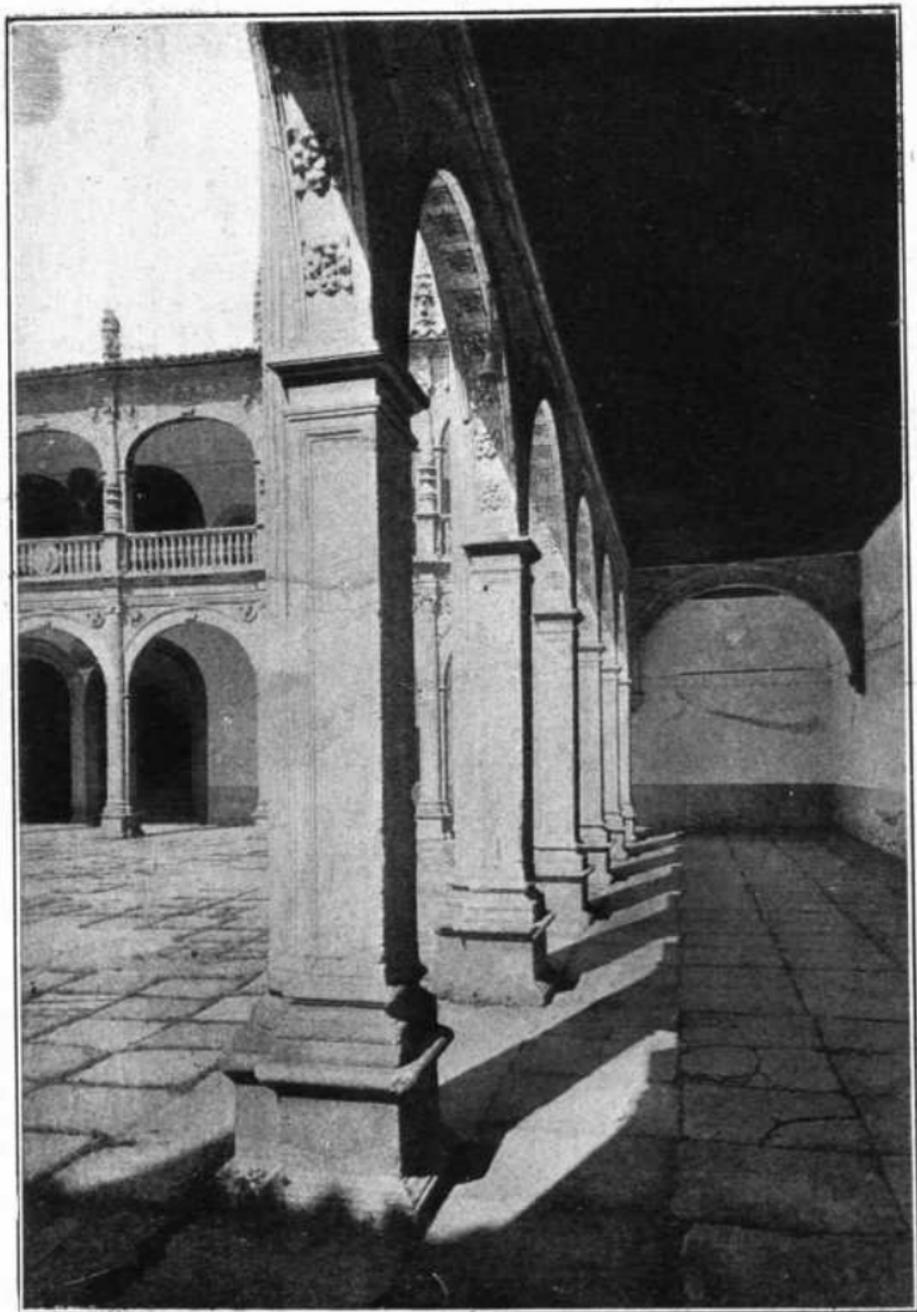
No obstante ciertas insidiosas notas del Padre Cámara en su *Vida de San Juan de Sahagún*, no hay que culpar á nadie de los desequilibrios, dignos de lástima, que se produjeran ó se desarrollaran en el historiador Villar.

La casa del Arzobispo fué fundada en 1528 por D. Alfonso de Fonseca, Arzobispo de Toledo. Fué inaugurada en 1578. Los planos los hicieron don

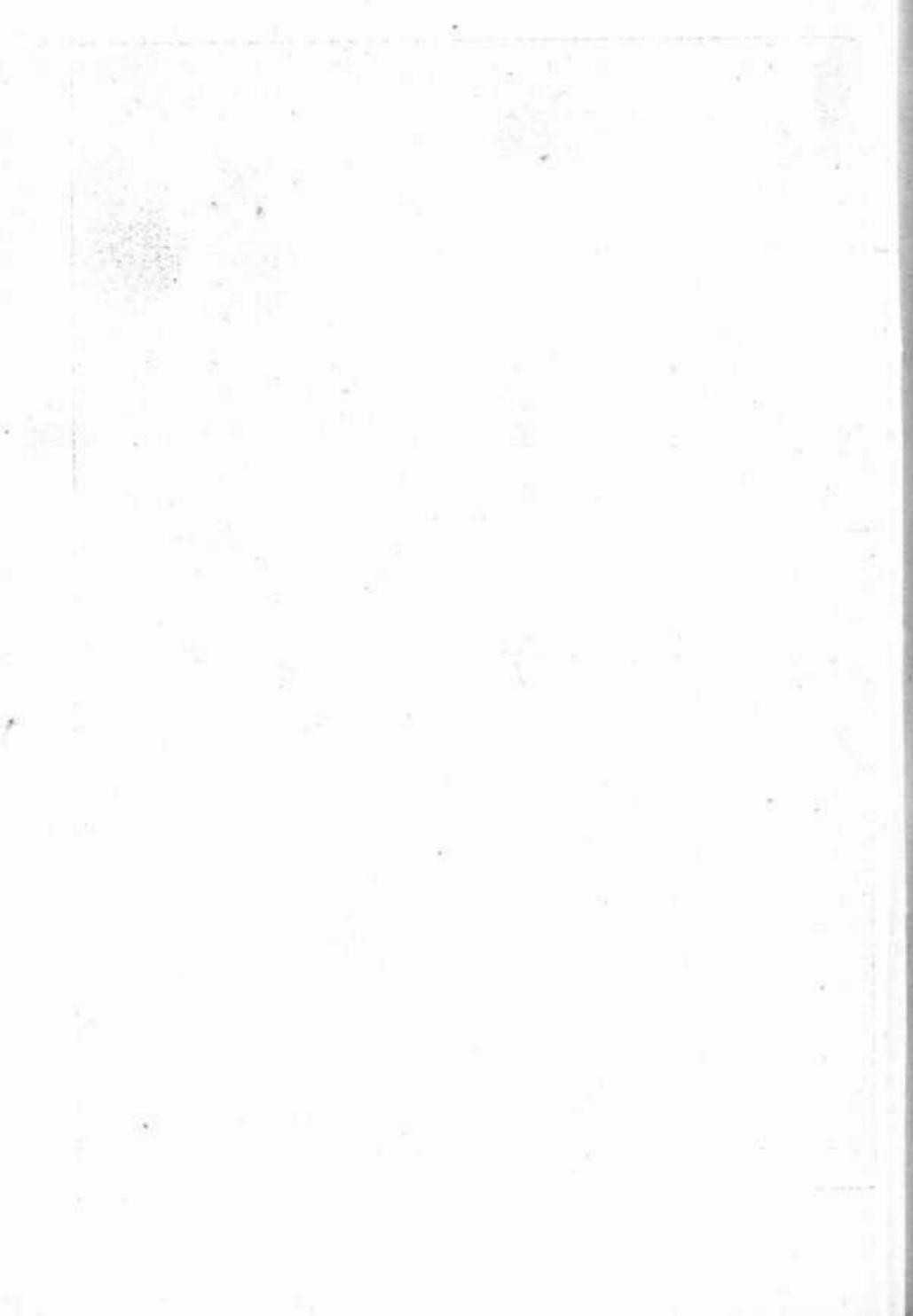
Rodrigo Gil Ontañón, hijo de D. Juan Gil Ontañón, y D. Pedro Ibarra.

El Colegio de Nobles Irlandeses lo fundó, en el año 1592, Felipe II, para proteger á los católicos perseguidos en Inglaterra y expulsados de allí, y para que en este colegio pudieran instruirse más todavía en las doctrinas católicas.



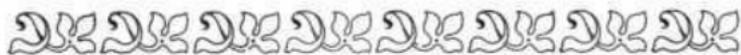


EL PATIO DE LOS IRLANDESES



Algunos hombres ilustres





Meléndez Valdés

Don Juan Meléndez Valdés no nació en Salamanca, sino en Aldea del Fresno, provincia de Badajoz, á 11 de Marzo de 1754. Sin embargo, á orillas del Tormes estudió leyes y vivió su juventud y gran parte de su vida; con lo cual se le tiene por salmantino de adopción.

Fué el poeta más celebrado de su época, tan popular como palatino, y gozó de una gloria visible y tangible, como la pudo tener en tiempos más modernos Tennyson. Quintana, que escribió su biografía con solícita y benévola devoción, le admiraba mucho. Todavía hoy, cuando los años han arrancado toda la hojarasca de la corona que le tejieron sus contemporáneos, queda Meléndez Valdés en una segunda categoría que nadie trata de rebajar. Hay mucho que aprender en esos hombres extraordinarios, dotados de un gran talento, que van buscando por la vida las sensaciones más gratas, las orillas más floridas del riachuelo de la

ociosidad — como diría él mismo en su estilo —; espíritus acomodaticios que saben meter sus pasiones dentro de las conveniencias sociales y no quieren ver las tumbas sino rodeadas de angelillos alados y de flores.

Églogas, idilios; Anacreonte, cantor de Baco y de Cupido, leído quizás en griego, pero entendido á la francesa . . . El campo lleno de pastorcitos y pastorcitas de calzón de seda y faldillas de raso, blancas pellizas y escotes empolvados . . . Este era el mundo poético que halló Meléndez, y, gracias á él, obtuvo tal popularidad que ningún otro poeta de su época la tuvo semejante.

Para ser justos hay que decir que *Batilo* no es todo Meléndez Valdés. Es la primera inspiración, la forma más amada por el poeta. — *Las primicias de su numen* —, según la frase de Menéndez Pelayo —, se emplearon en asuntos pastoriles, amorios y anacreónticos; luego su musa se elevó á la más alta poesía, y las odas religiosas, heroicas, sociales, casi revolucionarias, nada tienen que ver con la zampoña ni con el caramillo. ¡Perdone el maestro, pero esas odas se caen hoy de la mano! Preferibles son los versos de *Batilo*. En ellos hay naturaleza. Su primer triunfo público lo obtuvo con la égloga *Á la vida del campo*, para un concurso de la Academia Española, en el que venció á Iriarte; y esta composición *olía á tomillo*, según los jueces del certamen.

Así debía ser. Esta era la superioridad de un bucólico del Tormes sobre todos los de Versalles. Por debajo del inocente artificio pastoril y de la malicia cortesana sale el «olor á tomillo», la comunión con lo natural y el amor sincero al campo.

La biografía de Meléndez empieza en égloga y acaba en tragedia, puesto que haciendo versos le sorprendieron la invasión francesa, la persecución, el destierro y la muerte. Fué un hombre de su época. Estudió filosofía en Madrid y luego leyes en Salamanca, protegido por el Obispo de Segovia D. Alonso de Llanos. En Salamanca empieza su carrera literaria bajo la protección inmediata de Cadalso y la epistolar de Jovellanos, con quien trabó duradera amistad. Sus primeros versos eran muy malos. Luego el estudio fué tornándole, y llegó á admirar á fray Diego González y á Jovellanos. Sus primeras poesías amorosas tenían un fuego sensualista muy del agrado de su tiempo. Y por cierto que el espíritu que las anima, digno de un vigoroso dios pagano, contrasta con la pobre naturaleza del poeta.

Animado por las cartas de Jovellanos y deseando escribir «algo que no fuesen amores, para poderlo mostrar á personas que no gustan de bagatelas», imitó á Youndg y á Herrera y á Petrarca. En 1781 vino á Madrid, escribió su oda *Á la gloria de las artes* y ganó un concurso de comedias pastorales con *Las bodas de Camacho*. Su gloria em-

pezó en 1785 con la publicación de sus poesías. Mucho tiempo después, todavía Quintana se dejaba llevar del entusiasmo general y decía de sus odas que llegaban al tono heroico de Píndaro, Horacio, Thompson y Pope.

Fué magistrado, alcalde del crimen en Zaragoza, oidor en Valladolid, fiscal en la Sala de Alcaldes. Le desterró Godoy á Zamora. Aceptó cargos de los franceses. Huyó de España después de ver su biblioteca quemada por los mismos franceses. Murió en Montpellier el 24 de Mayo de 1812, y mostró con el fin de su vida que no hay tiempos tranquilos y que no puede contar con su paz ningún hombre de paz.





El padre Cámara

Relevante y gloriosa fué la figura del padre Cámara, el prelado de la diócesis salmantina anterior al actual. Desde luego es un mérito insigne, no alcanzado sino por unos pocos, el haber ascendido á muy altas y brillantes cumbres, partiendo punto menos que de la humildad, pues el padre de nuestro Obispo era médico de pueblo. Comparando su punto de partida con el de llegada, tienen que impresionarnos vivamente estos hombres y ganarse nuestra admiración. A Dorado Montero, florón de la corona de la Escuela de Salamanca, hay que imaginarle, como él era, sin duda, en sus primeros años, allá en Valdecarros, aldeanito humildísimo, y después hay que verlo, cual es ahora, con su renombre universal. ¿Quién había de decir algún día que al aldeanito de Valdecarros, tan humilde, habían, con el tiempo, de leerle y venerarle lo mismo en Ma-

drid que en París, en Roma que en Belgrado, en Londres que en Constantinopla? Cosa algo parecida puede decirse de Tomás de Cámara, hijo del médico de Torrecilla de Cameros y de Quintanadueñas. Porque, como la niñez es misterio, no se podía adivinar tampoco que el hijo de aquel médico llegara á ser famoso y á ocupar puestos muy brillantes en la Iglesia, por sus dotes extraordinarias.

En 19 de Septiembre de 1847 nació el padre Cámara en Torrecilla de Cameros, provincia de Logroño. Estudió Humanidades en el Colegio de San Carlos, en Burgos, y aun no tenía quince años cuando ingresó, en Valladolid, en la Orden Agustiniiana. No tardó mucho en ser profesor, y á él y al padre Manuel Díez González fueron debidos, entre otras importantes cosas, el hoy magnífico gabinete de Física, Química é Historia Natural de los Agustinos en Valladolid y la fundación de la revista que se titula *La Ciudad de Dios* y que se llamó primero *Revista Agustiniiana*.

En 1879 publicó el libro, sin duda de más fama que enjundia, de más brillantez que profundidad, *Contestación á la Historia de los Conflictos entre la Religión y la Ciencia*, del norteamericano Juan Guillermo Draper. Tampoco la obra de Draper es un arco de iglesia, ni lo es el prólogo que á su traducción castellana puso D. Nicolás Salmerón, el sibilino inolvidable.



EL P. CÁMARA

Por su respuesta á Draper hicieron al padre Cámara Obispo en 1883. Y principió por ser Obispo Auxiliar de esta Corte, y aquí fué. donde

dió, en 1884 y 1885, en el Oratorio del Caballero de Gracia, y en San Ginés, sus célebres conferencias acerca de las relaciones entre la libertad y la razón humana y la fe católica, conferencias que debieron ser mejores para escuchadas que lo son para leídas, y en las que, si no escasean las galanuras, lo que más resplandece es la limitación criterial.

Fué el padre Cámara eximio orador, de elegante, briosa, espléndida y sugestiva palabra, ayudada por la figura y los ademanes gallardos y distinguidos que atesoraba aquel gran prelado; pero, como en todos los oradores, aun los más colosales, lo que predomina en él es el verbo. Castelar, acaso el orador más inmenso que ha producido la humanidad, era capaz de entusiasmarse cantando las armonías de las esferas, y, sin embargo, no sabía de mecánica.

En 1885, á 27 de Marzo, fué nombrado el padre Cámara Obispo de Salamanca, y el 12 de Agosto de aquel año hizo su entrada allí.

Los beneficios dispensados á Salamanca por el gran agustino, que fué en actividad y en caridad en lo que más alto rayó, son tan copiosos que de ellos quedarán allí eterna memoria y eterna gratitud. A él se debe el esbelto y grandioso templo levantado á San Juan de Sahagún, y el establecimiento del Colegio de Estudios Eclesiásticos Superiores de Calatrava, y la fábrica del Palacio

Episcopal, y la fundación del Círculo de Obreros Católicos, y el proyecto de la Basílica á Santa Teresa en Alba de Tormes. Y no citamos más que una parte de lo que hizo.

Los jesuitas y los íntegros le combatieron como si fuera liberal; pero mal podía serlo quien, como él, persiguió á Dorado Montero.

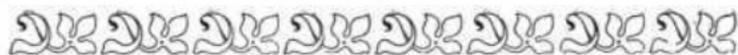
Desde que fué nombrado Obispo de Salamanca hasta su muerte fué Senador por la provincia eclesiástica de Valladolid, y en la alta Cámara lució asimismo lo muchísimo que valía.

Los salmantinos, sobre todo, no podrán olvidar á tan esclarecido prelado.





D. MAMÉS ESPERABÉ LOZANO



D. Mamés Esperabé Lozano

El tiempo pasa, y aunque se dice que el tiempo lo borra todo, y que todo se acaba con él, serán perdurables, en Salamanca principalmente, la memoria de D. Mamés Esperabé Lozano y el cariño y la gratitud que por él se sienten, por el hombre sencillo, bueno, culto, tierno y vigoroso á la vez, liberal de la manera más humana y genuina, que desde 1869 hasta 1900, en que le jubilaron, fué Rector de aquella Universidad gloriosa y se desvivió por su engrandecimiento, y que desde su llegada á la ciudad, en 1864, hasta que en ella entregó su alma á Dios, en 1906, no dejó de prodigar beneficios á la Escuela, á Salamanca y á todos, ni de conquistarse veneraciones y afectos íntimos, más que por su talento y por su cultura, con haber sido grandes, por su virtud. Porque fué la virtud lo que más estimó aquel varón extraordinario, y lo que siempre practicó. Nació D. Mamés

Esperabé Lozano para ser bueno, y lo fué siempre, y fueron sus bondades como el riquísimo aroma de la encantadora fortaleza de su corazón. Maestro de Literatura griega y latina, D. Mamés sabía muy bien lo suyo, y sabía asimismo una porción de cosas más; pero ni su cultura abundante y exquisita, ni su inteligencia, ni sus brillantes y estimables dotes de literato y de orador significaban mucho al lado de su ética; todos sus resplandores los superaba el de su humanidad.

No le llevó al Rectorado la Revolución de Septiembre, sino que le llevaron sus méritos, que la Revolución reconoció. Y mientras estuvo al frente de los destinos de la vieja Escuela no se condujo como militante en este ni en el otro partido, sino como preclarísimo miembro de un partido más amoroso y amplio que todas las banderías exclusivistas y mezquinas: se condujo como hombre, que es lo que hay que ser, y por conducirse así mantuvo relaciones cordiales con los elementos más divergentes. Los que le mordieron, vieron siempre pulverizadas y aniquiladas sus pobres mordeduras en la roca de la moralidad y de la tolerancia de D. Mamés, quien tampoco se vengó nunca de nadie — era incompatible con los rencores —; antes, siempre que la ocasión se le presentaba, devolvía bien por mal. A poco que se penetre en su espíritu, de que su cara y su exterior todo eran admirables espejos, ¡cómo se ve que

no era lo que por ahí llaman tradicionalista, ni lo que llaman progresista, sino que era tradicionalista y progresista á un tiempo, lo que tienen que ser cuantos no sean inconscientes ó hipócritas, porque en las entrañas del pasado radica el fondo de tradición eterna en cuyo acrecimiento tiene que consistir el verdaderamente progresivo mañana! Gil Robles (q. D. h.) decía que D. Mamés había sido liberal por la cabeza y carlista por el corazón; pero D. Mamés, repetimos, fué hombre, y estuvo su humanidad por encima de tales retóricas y distingos. «*Para ser sabios es necesario ser virtuosos; como que la virtud es el estímulo más poderoso de la ciencia.*» Estas palabras tan bellas, del discurso que D. Mamés leyó en la Universidad de Salamanca en la inauguración del curso académico de 1864 á 1865, bien pueden y deben servir de norte á cuantos aspiran á ingresar — y debemos aspirar todos — en la *Compañía Humana*. La virtud es lo primero. Y luego la virtud también, la virtud siempre; porque, ¡pobre ciencia la que no nos sirva para hacernos mejores! Abrásemos el corazón en el fuego de las virtudes; ganará nuestra intelectualidad, porque el corazón es la sagrada fuente de las ideas más altas y libertadoras.

Don Mamés nunca hizo mal á nadie. Aquel hombre en quien la bondad y la rectitud, la integridad y la ternura se dieron siempre unificadas, siendo tanto más íntegro cuanto más amoroso, fué

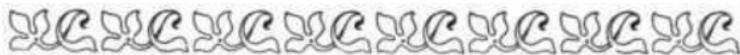
un padre para la Universidad y para Salamanca, y para cuantos hubieron menester de su consejo y de su bolsillo; y cuanto más prodigaba su caudal afectivo, más lo acrecía.

Consiguió restablecer, con el carácter de libres, las Facultades de Medicina y Ciencias, que, antes de morirse, pudo ver convertidas en oficiales; consiguió también el establecimiento oficial del período de la Licenciatura en la Facultad de Filosofía y Letras; introdujo grandes reformas, muy necesarias y convenientes, en el local de la Universidad y sus anejos, así como en la Secretaría, en el Archivo, en las Bibliotecas de los Decanatos y en la Capilla, en la que hay, regalo del inolvidable Rector, una preciosísima imagen, en plata, de la Virgen del Pilar; defendió, más que si hubieran sido propios, los intereses y rentas de la Universidad (1), mejoró la Institución de los Colegios, y llevó á cabo muchísimas otras cosas excelentes, que en los límites de unas notas sucintas no pueden caber.

Pronto va á hacer tres años que murió el insigne Rector.

Por más que no, no ha muerto, ni se ha de morir, porque de los hombres como él tiene que quedar inextinguible memoria.

(1) Tan pronto como dejó de ser Rector se incautó el Estado de los cuantiosos fondos de la Escuela, que él supo defender con gran valor por tantos años.



Tomás Bretón

En el espíritu de este singular maestro se han condensado todas las facultades que para el cultivo del arte musical posee la raza castellana, y en él han revivido las tradiciones artísticas de Salamanca. Bretón es como el heredero y continuador del ciego Salinas y del maestro Doyagüe, los genios musicales más eminentes de que hablan los fastos de la ciudad del Tormes. Haciendo el análisis de los caracteres y de los rasgos peculiares de los antiguos maestros y de los de Bretón, se hallarían parecidos y semejanzas que permitirían descubrir su parentesco. Compositores de música religiosa Salinas y Doyagüe, y cultivador Bretón de la música dramática y de la de concierto, no hay, tal vez, más diferencias entre ellos que las que marcan el transcurso de los siglos y el gusto y las aficiones de las gentes.

Del ciego Salinas, que fué cantado por Fr. Luis



TOMÁS BRETÓN

de León, apenas nos ha quedado más que el glorioso recuerdo de su nombre. Doyagüe intentó la renovación de la música religiosa, mezclando á sus elementos puramente nacionales otros que venían desde más lejos, y cuyos ecos traían en sus alas las auras transpirenáticas. Una obra se-

mejante, en lo que se refiere á la música profana, ha sido lo que ha llevado á cabo en nuestros tiempos el maestro salmantino Tomás Bretón, padre y autor de la ópera nacional española.

El genio es la paciencia, se ha dicho; el genio es la voluntad. Así resulta de la historia de muchos sabios y artistas geniales. Pues estudiando y conociendo la historia del eminente Bretón, también se comprueba. Con la voluntad lo ha hecho Bretón todo.





UNAMUNO



Unamuno

Unamuno, hombre todavía joven, es actualmente, y desde hace ocho años, rector de la Universidad de Salamanca. Bien mozo era cuando se vió elevado á cargo tal por la merecida fama de su genialidad y de su cultura, pues ya había hecho y publicado, entre otras cosas, la mayor parte de los artículos que integran su *En torno al casticismo*, anteriores al *Idearium* de Ganivet, y no menos sagaces y preciosos, y su *Paz en la guerra*, novela de primer orden.

Envidias, murmuraciones y aun motines suscitó el nombramiento de Unamuno para rector.

Á la mediocridad y á la insignificancia le amargan mucho las victorias de los espíritus privilegiados; pero la misma grandeza de éstos, por su propia virtud altísima, no tarda en imponerse. Cuando llegó Unamuno á Salamanca estaba como dormida la sabia ciudad, la que había sido llamada

madre de las virtudes y de las ciencias, y desde que él llegó allí, rompiendo calicostras espirituales, sembrando á manos llenas inquietudes y acicatando y fomentando anhelos de cultura, principió en la antigua *Atenas española* un renacimiento digno ya de cotejarse, si es que no los supera, con sus días más áureos y gloriosos.

Tiempo hace que llena Unamuno la ciudad, siendo el más grande é interesante monumento de ella. No viene siendo en Salamanca menos que fué Carducci en Bolonia. Y no sólo en Salamanca brilla como astro de primera magnitud, sino en España, en Europa y en todo el mundo culto. Grandmontagne ha dicho que Unamuno es uno de los ases de la baraja de la inteligencia universal. Hay que decir Carlyle, ó Renán, ó Ibsen, ó Tolstoï, ó algo así, para decir grandeza parecida á la del rector de la Universidad de Salamanca. Lo que tiene más grande es el entendimiento, y es lástima que no tenga tan grande la sentimentalidad, porque entonces sí que sería gigantesco. Su cultura es de lo más enciclopédico y aristocrático. Cuando fué á Salamanca ya sabía mucho; pero allí, en aquel retiro y aquel silencio, alejado de cotarros y de artificios, convencionalismos, devaneos y pedanterías, allí es donde más ha estudiado, y aprendido, y publicado, y enseñado y espoleado; es allí donde ha hecho la mayor parte de su ingentísima obra. Si en otros tiempos

iluminaban el mundo los rayos de la cultura de Salamanca, ahora se puede decir con doña Emilia Pardo Bazán: *El que quiera saber que vaya á Unamuno*. Sabe muy bien una porción de idiomas extranjeros, y ha traducido *La Revolución francesa*, de Carlyle; *El mundo como voluntad y como representación*, de Schopenhauer; *Beneficencia*, de Spencer; *La cuestión agraria*, de Kaustky, y otras obras así de enjundiosas. Es el hombre que más ideas nuevas ha introducido en España. Y el que más ha creado. Su saber es tan rico que lo mismo le da á él Platón que Hegel, Séneca que Spinoza, Sófocles que Ibsen, lo mismo el Dante que Leopardi ó Carducci, Camoens que Guerra Junqueiro ó Eugenio de Castro, y . . . preguntadle de casi todo lo que queráis, á ver si responde. En lenguas, filologías, lingüísticas, filosofías, estéticas, economías políticas y sociales, psicologías, literaturas, etc., etc., es prodigioso sabiendo y creando. Maestro, teólogo, crítico, poeta, orador, dibujante . . . ; mas, ¿á qué seguir? ¿Va á caber en unas breves y rápidas notas? Lo que más es Unamuno es poeta, creador — que es lo que poeta significa — ante todo y sobre todo.

No se nos olvide decir que, si Salamanca debe mucho á Unamuno, no le debe él menos á Salamanca.

Salamanca le ha enseñado, entre otras cosas, á hablar y á escribir en castellano.



Pedro Dorado Montero ⁽¹⁾

La Universidad de Salamanca tiene al presente maestros extraordinarios, de talento y de cultura tan grandes como los mejores de su mayor florecimiento.

Uno es D. Pedro Dorado Montero, que explica allí Derecho penal y que no es solamente el penalista español de más reputación en el mundo, sino de los más famosos que hay.

Dorado, hijo de la Escuela de Salamanca y maestro de ella, es también de aquella provincia, pues nació en Valdecarros, pueblecillo del partido de Béjar. Tan pobre de recursos como rico de entendimiento y de voluntad, hizo la carrera de leyes con una beca que ganó por oposición, y en concepto de becario sobresaliente hizo el doctorado

(1) Ni de Dorado Montero, ni de *l'epe el Gallego*, ni de la «Gente Joven» hemos dispuesto de elemento ninguno para publicarles fotograbado.

aquí en Madrid y estuvo luego en el extranjero, de donde regresó bien nutrido de ciencia y de orientaciones criminológicas principalmente.

Estudioso como muy pocos, si es que hay quien le iguale á estudioso, pronto conquistó Dorado la cátedra, donde si quiere que sus discípulos aprendan la asignatura, administrada sabiamente, lo que más quiere es contribuir á hacerlos *escépticos*, investigadores y discurredores, seres activos, libres y fuertes que piensen por cuenta propia. Los que aseguran y pregonan que es un destripador de juventudes y de ilusiones espirituales, no saben lo que dicen. El escepticismo de Dorado es en el sentido etimológico como hay que entenderlo. Bien joven era Guyau, bien joven por los años y por el alma, y sus páginas, ahitas de escepticismo, despiden juveniles aromas, y no es donde menos se pueden aspirar y gozar en las bellísimas y eternas en que canta y exalta la santidad de la duda. Cabe ser joven y escéptico á la vez. El escepticismo y las ilusiones se pueden casar.

Amor es juventud, y Dorado tiene gran amor á la ciencia. Estudiando, discurrendo, explicando, traduciendo y escribiendo se ha pasado la vida. Acaso, y sin acaso, se le pueda imputar cierta hurañez, cierta misantropía, un exceso de alejamiento de casi todo cuanto no sean sus libros, que ni á él ni á nadie puede ser conveniente, ni aun para acrecer y embellecer el caudal cultural.

Dorado hubiera conseguido, sin tardar mucho, nombre; pero le ayudó á conseguirlo más pronto el padre Cámara, Obispo, por otra parte insigne, que fué de Salamanca, quien le hizo cruda guerra porque rendía religioso, humano culto á la libertad del pensamiento y de la cátedra, estando Dorado muy expuesto á ser destituido por un Gobierno conservador. Entonces no se había hecho todavía conservadora la libertad.

Como Hipólito R. Pinilla, es Dorado una especie de Herodes: también es inexorable con los que no saben. Y los suspende.

En libros, en folletos, en traducciones — de las que algunas, por las notas que llevan, valen tanto como lo traducido — y en artículos, tiene Dorado una magna labor, más ingente si se tienen en cuenta sus años, pues todavía es joven.

Sus escritos, cuyas características son la profundidad, la claridad y el orden, han alcanzado y tienen el máximum de la difusión, y pueden encontrarse no sólo en castellano, sino en francés, en inglés, en alemán, en eslavo y aun en turco.

Es uno de los más altos y gloriosos representantes de los derroteros penales novísimos, y no son pocas las cuestiones en que su posición es suya, original.

He aquí, á grandísimos rasgos, algunas notas del gran maestro y luchador que explica Derecho penal en Salamanca.



Juan Barco

Uno de los hombres que más honran á Salamanca y á Castilla es el gran economista y periodista Juan Barco.

Era yo muy muchacho cuando le conocí, á poco de fundar él en aquella capital el *Noticiero Salamantino*, de gratísima recordación para mí y para otros que en sus generosas columnas hicimos nuestros primeros ensayos periodísticos. Al evocar los días felices de la muchachez, ahita de sonrosadas acometividades, se impone, embellecido por encantos nostálgicos, el recuerdo del *Noticiero*. Cuando conocí á Barco, dirigía él el periódico, y era yo su corresponsal *reporteril*, y alguna vez articulista neófito, en Ciudad Rodrigo. Sólo unas cuantas veces le vi, y estuve sin verle desde entonces hasta primeros de este año, que nos encontramos en el diario de esta corte *El Mundo*. En seguida nos conocimos. El me encontró á mí transformado —

claro está, me dejó mozalbete y me encontraba hombre —, y yo le encontré á él más viejo, si bien no mucho, porque Juan Barco, cincuentón, está hecho un pollo.

Apenas principié á darme cuenta de ciertas cosas — al prescindir de las murallas de Ciudad Rodrigo, que parece como que amurallan las almas, que parece como que las achican —, me enteré de que Barco era un hombre de muchísimos méritos. Y con los que viene contrayendo desde entonces acá, excuso decirles á ustedes.

Barco no ha sido nunca estudiante oficial; ha sido un autodidacto de inteligencia hermosa y voluntad inagotable, que, desde relojero, se ha elevado á las cumbres más altas del periodismo y á una de las mayores autoridades en cuestiones económicas y financieras. Como lo que escribimos no pasa de unas rápidas notas, limitémonos á decir que en París ha dirigido durante diez años un periódico sobre economía y hacienda de los de más respeto en el mundo.

Ahora se trae D. Santiago Alba — ese político vallisoletano, casi amo de su tierra — lo del castellanismo, con miras personales, con miras á una nueva hegemonía. El castellanismo entrañable y noble, un castellanismo real y hasta poético, tuvo su iniciador y fundador en Juan Barco, de quien se debe hablar en esta relación antes que del mismo Macías Picavea, y con no menos



JUAN BARCO

encomio. *El Problema Nacional* de Picavea no tiene más atisbos y bellezas que los artículos titulados *Los campos de Castilla* del salmantino ilustre.

Actualmente dirige Barco, aquí en Madrid, en unión de otro esclarecido y original escritor, Claudio Frollo, *España Futura*, primorosa revista

quincenal, de buen presente y porvenir espléndido.

Sabiendo quién es Barco, hay que recordar lo de que á los hombres no se les mide por la estatura. Es pequeñito, pero muy despejado, culto, sereno, bastante silencioso, y escribe sobria, precisa, clara y sugestivamente.

Sobre estos méritos, y otros que se podían aducir, tiene Juan Barco uno que vale más que todos los otros suyos reunidos: el de que es de los hombres más buenos que comen pan en el mundo.





Cándido Rodríguez Pinilla

Es el ciego-poeta que dirige *El Castellano*, diario de Salamanca. Además de poeta es prosista admirable. De cuantos escriben el castellano en Castilla, pocos, si es que hay alguno, lo escribirán tan bien como él.

La sencillez es, sin duda, el más precioso galardón de la belleza del estilo; habita en las cumbres del arte, ó á la vera de ellas. Pues cuanto escribe este ciego está preñado de sencillez. Pero ésta, por sí sola, no sería arte; tiene que ser como bendita flor en que culminen, proyectándose en forma, las emociones. Copiosas y delicadas las atesora el alma de este hombre, que sin ellas no podría ser poeta sobre todo. Es sencillo, y es apasionado, en la buena acepción del apasionamiento, y es delicado, incurriendo á veces, y no pocas, en lo genial de lo exquisito. Tiene la plenitud de la conciencia de su infortunio, que á menudo trans-

pira en sus producciones, lo mismo en verso que en prosa; pero, de espíritu complejo y rico, tiene alegrías. Aunque no fuera más que por lo mucho que se le quiere, y admira, y respeta, debe tenerlas grandes. Es humorista, con humorismo tan de cuidado que hay que fijarse no sea que censure cuando parezca que alabe, ó que alabe cuando parezca que censure. Es muy despierto, y es culto. Le leen, principalmente su hermano Hipólito, y Unamuno, que le llama su más íntimo amigo. Como entre Unamuno y el doctor Pinilla *se lo saben todo*, Cándido sabe también muchas cosas. Las que más se le pegan son las del rector, de quien tiene influencias hasta físicas. No hay sino que oírle un rato para convencerse de que es discípulo del gran maestro, de aquel sugestivo inquieto é inquietador: un discípulo preclaro y autónomo, pero que huele bastante á D. Miguel.

Como poeta, no es Cándido R. Pinilla inferior á Galán. A lo menos, no hay hoy en toda aquella tierra ninguno que le iguale. El corazón es el poeta. Cuando oigáis hablar de vates cerebrales, podéis decir que no lo serían por el cerebro sólo, sino por el sentimiento que se lo enciende é inspira. Cándido R. Pinilla es más culto que lo fué Galán, y tiene también más emoción y más sinceridad que él. En *Cantos de la noche*, de Pinilla, hay poesías más íntimas y cálidas que *El Ama*, y aun que *El Cristu benditu*. ¡*Cantos de la noche!* Pues,



CÁNDIDO RODRÍGUEZ PINILLA

con ser de la noche, iluminan las almas, y por los ojos de un ciego pueden ver preciosidades quienes leen esos *Cantos*.

En *El Castellano*, periódico que, por lo bien es-

crito, goza de justo renombre dentro y fuera de la ciudad, hay una seccioncilla titulada «Copla del día», en donde Cándido comenta á diario, en verso, y siempre con donosura, una nota de palpitante actualidad local ó general, siendo muchas de tales coplas valiosísimas joyas. No es en ellas donde menos suele lucir su humorismo, intencionada y áticamente.

Como periodista es muy hábil; dicta los artículos, que van á las cajas sin tachaduras. Y lo de menos es que hayan de versar sobre política, ó sobre crítica literaria, ó sobre crítica musical, ó sobre cuestiones agrícolas, ó sobre otras varias materias. Las «Gacetas agrícolas» de *El Castellano*, obra de su director, son de veras maestras, lo mismo por el contenido que por el lenguaje. Saben á campo que es un placer,

.....
.....
El mayor mérito de Cándido R. Pinilla es el ser bueno como el pan candeal.





El doctor Pinilla

Catedrático de Pediatría, médico de baños, Inspector provincial de Sanidad, escritor público, periodista, orador y otra porción de cosas más; todo eso es á un tiempo el doctor Pinilla, espíritu inquieto y de una complejidad extraordinaria. Hay hombres con dos caras, como Jano; pero éste tiene seguramente tantas como ojos Argos y brazos Briareo.

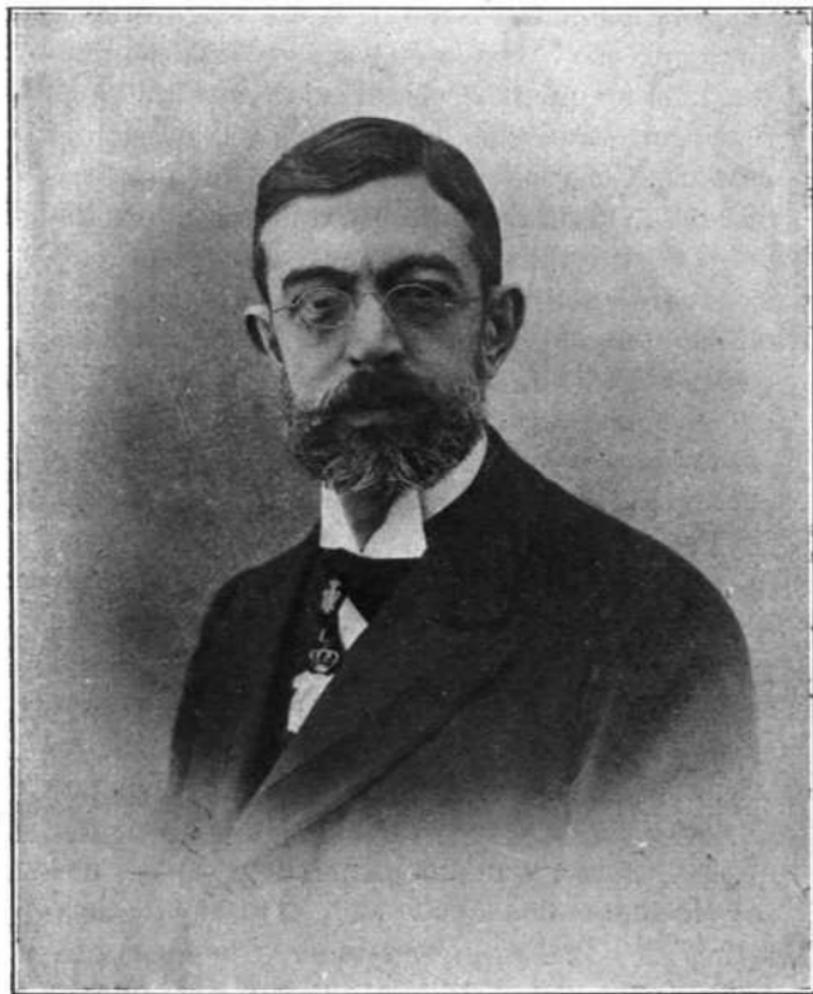
En Salamanca, donde vive, son conocidas sus aptitudes y sus actividades; pero siendo aquél pequeño campo para la movilidad de su espíritu. Además de la multitud de trabajos y empresas que acomete dentro de la ciudad, todavía le quedan tiempo y ánimos para colaborar en periódicos profesionales de la Medicina, en varias revistas y en diarios políticos y para concurrir á la mayor parte de los Congresos científicos que se celebran en España y en el extranjero. Para él el

tiempo es elástico, y el día parece tener más de veinticuatro horas; y es que el trabajo constituye su elemento de vida y que, siendo tan grande el dominio de las materias en que trabaja, es de esos hombres á quienes se puede aplicar la frase corriente de que «se lo dan todo hecho».

Como catedrático de la Facultad de Medicina tiene fama de rigorista, y podría llamársele el Herodes de la cátedra, si en la clínica adjunta á ella no salvara de la muerte diariamente á una porción de niños que allí llevan sus madres en busca del remedio y del médico que pueda hacer el milagro de devolver la salud á sus hijos. Sus alumnos le temen, pero le veneran, porque de él aprenden, y porque saben que es de los que pegan, pero enseñan.

Entre las obras memorables que ha llevado á cabo en la ciudad, figura la de la creación de la «Gota de Leche», que en Salamanca funciona con un éxito colosal, pues, gracias á esta institución, la mortalidad de los niños, que en aquella localidad era aterradora, ha disminuído de un modo constante.

Como orador tiene también una personalidad característica; no hace retórica ni discursos rimbombantes, ni cláusulas kilométricas, ni períodos de latiguillo; pero su oratoria es persuasiva y enseñadora, sus discursos parecen una conversación instructiva en que se exponen ideas, se mues-



EL DR. PINILLA

tran nuevos puntos de vista, se dicen cosas y se logra cautivar el ánimo de los que escuchan sin

despistarlos con el brillo de la falsa pedrería de que tanto uso hacen la mayor parte de los oradores. Esto no quiere decir que el doctor Pinilla no sepa remontarse cuando discursa y la ocasión es propicia. Cuando, en cierta ocasión, tuvo que hablar en un mitin republicano para presentar á Rodrigo Soriano, Pinilla pronunció un discurso tan elocuente y nutrido de doctrina que el batallador diputado quedóse sorprendido y tuvo, al hablar, que prescindir de su oratoria agresiva y un poco plebeya para remontarse á otras alturas, procurando hacer un discurso que no disonara del que el público acababa de aplaudir con entusiasmo.

El periodista que lleva por dentro este singular doctor es todavía más complicado y más digno de estudio. Es un periodista que hace artículos políticos, crónicas diarias, cartas de viajes, cuentos y cosas de momento, cuya lectura resulta siempre interesante y amena. El solo podría redactar diariamente un periódico sin que faltara en éste nada de cuanto puede exigir la diversidad de los lectores; y Pinilla es uno de los más valiosos elementos con que cuenta el diario de Salamanca *El Castellano*, que está dirigido por el propio hermano del doctor, el ciego-poeta, que ha logrado hacer que su periódico sea estimadísimo en su ciudad y conocido fuera de ella.

El doctor Pinilla tiene aún otras muchas aptitudes, que recuerdan por su número y su comple-

alidad á las de aquellos hombres del Renacimiento, enciclopedistas antes de la Enciclopedia, y que causan todavía nuestra admiración.

Y conste que no queremos hablar del doctor Pinilla político y hombre de ideas avanzadas, porque, aunque no sea esta la cara menos simpática de su fisonomía moral, es de la que más fácilmente podemos prescindir para conocer al hombre.

Con los rasgos de su carácter que quedan diseñados bastará para que le conozcan los que nada supieran de él y para que no dejen de reconocerle los que algo saben de su valer y de sus méritos.





Pepe el gallego



Preguntad en Salamanca por D. José González Alonso, y muy pocos os darán noticia de tal persona; preguntad por *Pepe el gallego* y todos os señalarán el tipo achaparrado, macizo, hirsuto, desaliñado, tímido, de color terroso, de facciones duras, como hechas con cachicuerna en madera ñudosa, de maraña polvorienta, de barbas ralas entrecanas y bigotillo recio, de nariz carnosa, de ojos brillantes, cutis lupiáceo y frente ancha, pero no lisa, sino abollada.

Como á Zenón de Elea, se le nombra también á éste por su procedencia ú oriundez. Maestro de obras gallego su padre y probablemente picapedrero en los comienzos, medio labró un bloque, que no un hombre; pero ¡oh, qué bloque tan hermoso en intelectualidad, en espiritualidad, en sensibilidad!...

Como un frasco ordinario y sucio que encerra-

se la más fina esencia de jazmines, así *Pepe el gallego*, de quien Unamuno dice que no hay otro más puro y más limpio y más exquisito por de dentro.

Destaponado, exhala, en efecto, fragancias deliciosas. Es uno de los más geniales pensadores salmantinos, casi tanto como Unamuno, quien no ha dejado ni deja de nutrir sus obras con luminosos atisbos, observaciones poderosas y frases profundas que le caza al vuelo en la conversación diaria, en los paseos á campo raso ó bajo los pórticos de la gran plaza, donde ambos griegos deambulan y dialogan en verdaderos diálogos platonianos.

No ha escrito *Pepe el gallego* libros suyos; ha traducido los de los otros (*El Diario Íntimo*, de Amiel; *Las florecitas de San Francisco*, y muchos más) y ha hecho extractos maravillosos de grandes obras filosóficas y literarias. Es la modestia, entre sus cualidades, una de las que más resaltan, y ha preferido dar á conocer el pensamiento ajeno y desparramar el suyo sin valorizarlo, dejando que los demás se lo apropien y valoricen.

Tímido y hasta ruboroso, va titubeante por el camino de la vida. Su mediano pasar, que dimana de la mermada herencia paterna, lo corrige y vigoriza con algún empleo de humilde categoría, en cuya obtención pone hasta vigiliias y por cuya conservación se halla en azoramiento perpetuo.

Parece, por lo dicho, que la finalidad de este grande hombre queda difuminada en la modestia, en la timidez, en el apocamiento. No hay nada de eso; si como filósofo se puede hablar de él hablando de Aristóteles, como hombre de carne y hueso sabe tanta ó más filosofía que el zafio preferido de la dama cervantesca. Tiene buen golpe de hijos y su obra hablada vale más, muchísimo más que la mayor parte de los libros que otros dan á la estampa.

Galardón y ornato de la Salamanca actual, en aquel marco tan glorioso *Pepe el gallego* es trasunto de los Luis de León, de los Vitoria, de los Brocense, de los afamados sabios que irradian de la Escuela Salmantina y honran á la patria española.





Ramón Barco

Periodista, literato, poeta, orador, abogado, lector, es Ramón Barco otro paisano muy meritorio que, aunque reside hace algún tiempo en Valladolid, con el espíritu vive, más que allí, en Salamanca.

Ramón Barco es uno de los grandes periodistas que la tierra charra ha producido, y su vocación para el periodismo la reveló bien pronto. Jovencillo era cuando, traído á Madrid por el glorioso D. Tomás Rodríguez Pinilla, director entonces de Propiedades y Derechos del Estado, lució su ingenio en *El Solfeo* — continuación del *Gil Blas* —, que á la sazón dirigía Antonio Sánchez Pérez, y allí acreditó Barco el pseudónimo *Corchea*, colaborando con entendimientos tan sagaces como el de Leopoldo Alas, que principió á tocar el *clarín* en aquel periódico. Luego, también en Madrid, escribió en *El Bazar*: todavía hay quienes recuer-

dan la celebridad que alcanzó un bello artículo suyo titulado *La primera palabra*.

En *la ciudad sabia* fué donde tuvo después la *Revista de Salamanca*, y *El Incensario*, periódico satírico, y donde, en fecha no remota, dirigió, consiguiendo que lograra el interés y la importancia mayores que ha alcanzado, la hoja literaria de *El Adelanto*, que nada tenía que envidiar á las más empingorotadas de la Corte, pues allí publicaban, requeridos por Ramon Barco, Unamuno, Maldonado, García Maceira y otros escritores valiosos. En aquella hoja, bajo la dirección de Barco, apareció el celebérrimo artículo *El Tío Cavila*, del actual diputado á Cortes por Vitigudino.

Tiene encanto lo que escribe Ramón Barco, porque escribe con sencillez — la sencillez es siempre encantadora —, y lo tiene su agresividad, que cultiva por amor, cada día con más entusiasmo, cantando á todos, sin exceptuar á su familia ni á sus amigos más íntimos, las que él tiene por verdades. Son agradables y plausibles, por su sinceridad y su llaneza, las *Misceláneas* que viene publicando en *El Castellano*, de Salamanca.

Alguna que otra vez han agasajado á Ramón Barco las musas, y el más rico agasajo que le han hecho fué, sin duda, un hermosísimo *Himno al Trabajo*, que premió la Diputación de Salamanca, y para el que escribió la música Tomás Bretón, el colosal maestro. A Salamanca fueron á cantar



RAMÓN BARCO (Dibujo de Unamuno)

aquel himno artistas de la Opera, y Matilde Esteban cantó la parte de tiple.

Como orador se ha distinguido Barco, no sola-

mente en el foro, en el que ha brillado, alcanzando muchos y notables triunfos, sino también en mítines de propaganda de ideas libertadoras.

Como lector ha sido una maravilla, y acaso todavía lo sea. En los Juegos florales en que se reveló Galán, Barco leyó *El Ama*, y Joaquín Costa, sorprendido, estuvo á punto de darle á leer su discurso.

Con estas líneas y el retrato que las acompaña, dibujado por Unamuno, podrán formarse alguna idea de Ramón Barco los que no le conozcan,





Maldonado

Don Luis Maldonado es uno de los más castizos y galanos escritores de la tierra salmantina, y el que más hondo cala en los escondrijos espirituales del charro. Ha escrito artículos como el titulado *El Tío Cavila*, suficiente para alcanzar reputación como psicólogo y como artista. Tiene estimables dotes de novelista y de poeta, y las tiene de dramaturgo, si bien *La Montaraza de Olmeda* es demasiado fantástica y retórica, y, salvas las diferencias de los géneros, muy inferior á *Las Querellas del Ciego de Robliza*, ciego que debe ser el propio Maldonado, con una vista penetran-

te. Es así mismo catedrático, que no sólo sabe lo suyo, sino algunas cosas más.

Le da por la política, y fué, con el difunto Villaverde, Subsecretario de la Presidencia. Ha sido varias veces Diputado á Cortes, y actualmente lo es por Vitigudino. En el partido conservador goza de grandes simpatías: bien se pudo ver cuando el estreno de *La Montaraza*: los conservadores le aplaudieron más que los críticos.

Es Maldonado de los que creen que el porvenir está en la política. Y se dice que recomienda á los jóvenes que se consagren á ella dejándose de Ateneos; pero no tiene razón, porque el verdadero porvenir de todos está en el espíritu, en el acrecimiento de la cultura; y lo que los políticos pueden hacer, y no deben hacer menos, es procurar infundir en la vida social, mediante instituciones que en ellas se inspiren, las bellezas de ciertas almas creadoras.

Ni aun para Maldonado está en la política el verdadero porvenir, porque Maldonado tiene facultades para conquistarse en las letras un nombre duradero y brillante, conquista de más monta que la Subsecretaría de la Presidencia. Si Maldonado no quiere, dejándose de politiqueos, ingresar en nuestra milicia de caballeros del ideal, habrá que sentirlo.

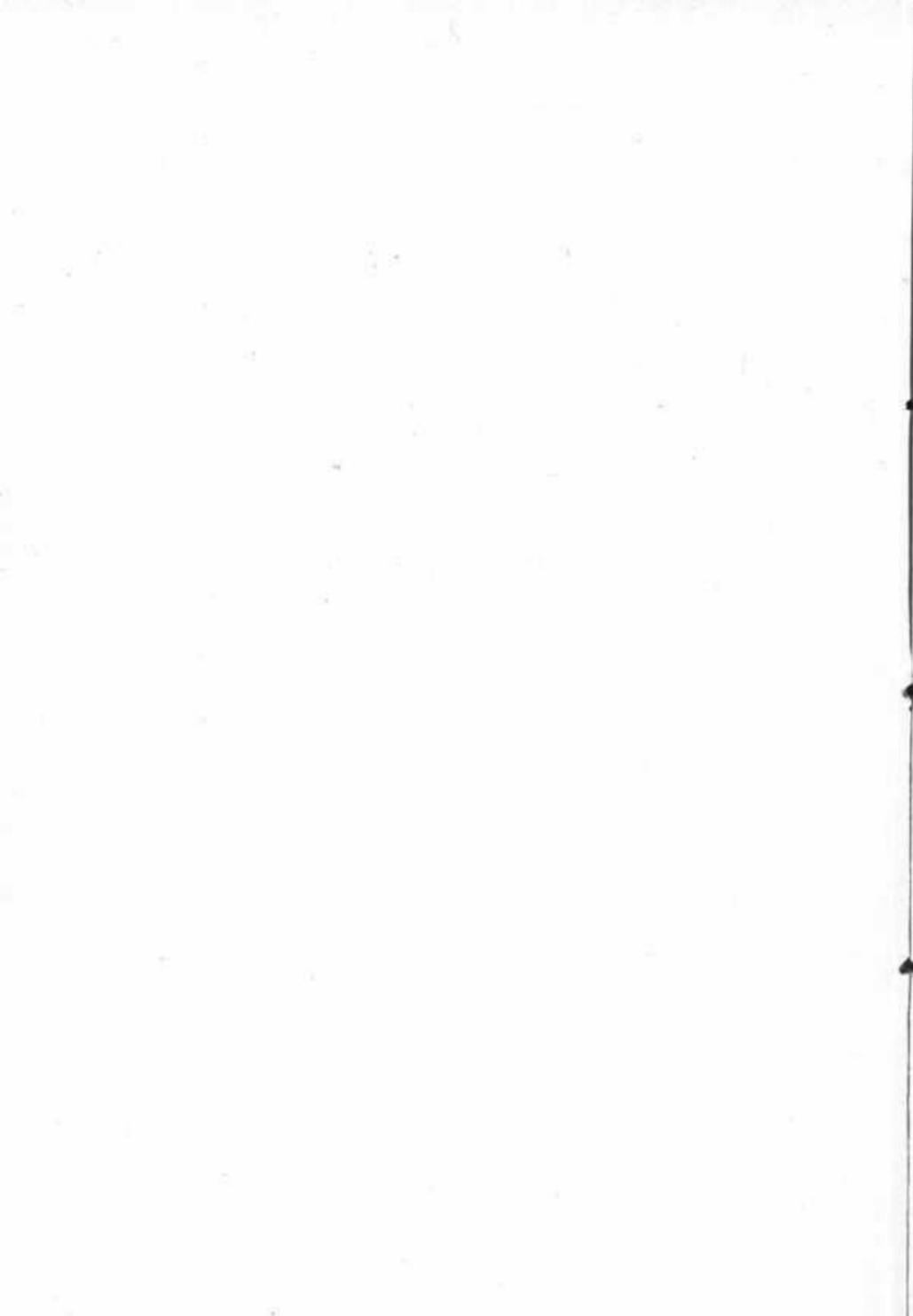
Dicen que D. Luis tiene, como Cristo, dos naturalezas. Una divina y otra humana eran las na-

turalezas de Cristo; una divina y otra mundana, artificial, son las naturalezas de D. Luis. Y es la naturaleza artificial la que domina en él. Le vencen al hombre interior — *in interiori hominis habitat veritas* — el subsecretario de la Presidencia y el diputado por Vitigudino.





Gente nueva



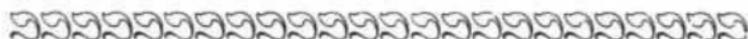


Pedro Antonio Martín Robles

Catedrático de Preceptiva literaria en el Instituto de Figueras desde hace poco, merecía, por su talento y por su cultura, haber llegado á la cátedra mucho antes. Porque este joven, que debe ser orgullo de Salamanca y que llegará á serlo de España, ha sido el mejor opositor en las oposiciones que ha hecho. En una de ellas cuedó en ridículo ante su saber el que dicen que tiene Cejador, quien por lo visto no quiso demostrarlo en aquel certamen, de que fuimos testigos. Muy pocos jóvenes habrá en Salamanca, ni en toda España, tan cultos como Robles, ni de entendimiento tan claro y exquisito. Los discípulos de Unamuno es á Unamuno á quien debemos más, pero unos cuantos debemos también mucho á Robles; y hay que decirlo. Los fuertes del joven catedrático son las lenguas y la filología. Sus conocimientos en literaturas son, asimismo, grandes. Como escritor y como poeta es original, y en cuanto escribe como

en cuanto habla resplandecen, con sencillez, la agudeza y la delicadeza de su espíritu y la copiosidad y la galanura de su ciencia.

En el espléndido renacimiento de la Salamanca actual, de que algún día ha de hablarse unánimemente como de su mayor siglo de oro, Robles es una preciosa realidad y una esperanza todavía de más precio.



Eugenio Calón

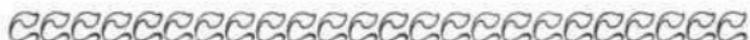


Calón es discípulo de Dorado, pero tiene influencias unamunescas; y no es extraño, porque las tienen, mayores ó menores, cuantos en España piensan ó escriben. Ha sido uno de los estudiantes que han estudiado más, y estudiante sigue y seguirá siendo. Con mucha inteligencia y mucha voluntad, la cultura que, sobre todo en cuestiones criminológicas, ha conseguido, es admirable.

Después del doctorado en Derecho ha estado en Bolonia, en el colegio de San Clemente, y en una buena parte de Europa, movido por su amor á la ciencia. Es un encanto oír hablar á Calón de problemas penales. Robles sería capaz de emocio-

naros muy gratamente hablándoos del vocativo, verbigracia. Pues lo mismo Calón con sus estudios. El sentimiento es el gran embellecedor, y hace cautivadora á la ciencia. Es á la luz de los resplandores cordiales como mejor se la desentraña. Sin ser sentimental, sin ser artista, no se puede ser verdadero científico.

Por lo que lleva hecho y por lo que ha de hacer, Calón está llamado á dar días de gloria á Salamanca y á la cultura.

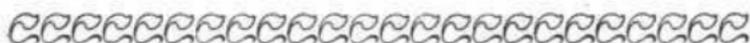


Federico de Onís

Federico de Onís, que es actualmente bibliotecario en la Universidad de Oviedo, es bastante más joven que Calón y que Robles, y es, de todos los muchachos de la nueva Salamanca, el más interesante. Porque las almas que más deben interesar son las más conturbadas, las más inquietas. Federico de Onís es muy despejado, y es culto, y es escritor sencillo de grandes méritos; pero nada de esto vale junto á su misticismo. Es bueno como los ángeles, y por el camino de la bondad, el más precioso de los caminos, busca á Dios, á su manera. Los problemas que más le preocupan son

los eternos problemas del espíritu. Hace sus vuelos y sus expediciones místicas con limpieza de corazón, y de seguir así, que sí ha de seguir, llegará á bienaventurado.

Algún día se dirá: la Salamanca de Unamuno dió muchas cosas buenas, entre ellas un poeta y filólogo que se llamó Pedro Antonio Martín Robles, un penalista y sociólogo que se llamó Eugenio Calón; y ambos, Calón y Robles, valieron muchísimo; mas sobre todo dió á Federico de Onís, que brilló como escritor extraordinario, pero cuyo mayor brillo fué el de su ética inmaculada, el de su corazón delicioso, que siempre miró arriba.



Marcelino Martín González

Es Marcelino Martín González doctor en Ciencias, y ha hecho su carrera como becario. Unamuno tiene discípulos en todas las facultades, y, aunque de la de Ciencias este muchacho, es discípulo del gran maestro, y de los más influídos, lo que no quita para que sea de los más autónomos. Cuando se diga de alguien que huele á D. Miguel, no ha de entenderse como reproche, porque es un olor que honra mucho, y que es armonizable con tener

personalidad propia. Los espíritus más originales huelen á aquellos otros con quienes han convivido; así tiene que ser, porque las originalidades se mantienen de plagios. Marcelino es todavía un jovencuelo, y ya es un pensador perspicaz y culto. Es pequeñito, serio, de seriedad alegre, sereno, de serenidad tejida con inquietudes y borrascas. Además, es poeta, y acaso no tarde en publicar un tomo donde podrán apreciarse la hondura y el vigor de su numen, delicado al par que fuerte. Su poesía á *Las Encinas* deja en las almas la soberana impresión que tienen que dejar las cosas en que se dan como fundidos y unificados la idea y el sentimiento.

El corazón es lo más admirable que tiene este muchacho.



Fernando Iscar

En estas notas sobre *gente nueva* de Salamanca, deberían figurar una buena porción de muchachos, pero en esta *vuelta* no pueden ir más que algunos. Nunca nos ha mordido la envidia, envenenadora de los corazones, y gozamos muchísimo sacando á relucir, para elogiarlas y recomendarlas, las virtu-

des ajenas. En las omisiones en que involuntariamente tenemos que incurrir no puede entrar Fernando Iscar.

Cuando florezca y eche frutos la muy preciosa sementera de la nueva Salamanca, entonces se dirá cuáles han sido sus más áureos días, y no se podrá ser horaciano teniendo por mejores que los que la esperan los más ubérrimos y gloriosos que antaño consiguiese. La nueva intelectualidad salmantina es, desde luego, una realidad bella, y resulta más bella por lo que tiene de esperanza, que no ha de malograrse.

Un presente y una esperanza de los de más precio con que cuenta al presente la amada ciudad es Fernando Iscar, espíritu aristocrático, cuyo aristocratismo se refleja bien en su estilo, que sería más rico si fuera menos alambicado. Escribe bien, pero escribiría mucho mejor si no tuviera la obsesión, que no ya sólo la preocupación, de la forma. Tiene gran talento, y sabe muchas cosas, y tiene temperamento exquisito de artista, y podía y debía trabajar en caliente, y debe ser en frío como trabaja, sin reparar en que las formas han de brotar, naturalmente, del fondo mismo, y no hay necesidad de pensar apenas en ellas. De tanto querer refinar el estilo, obscurece la idea, á cuya escasez de claridad es muy probable que contribuya su humorismo; así que muchas veces causa el efecto de un prestidigitador que, pareciendo

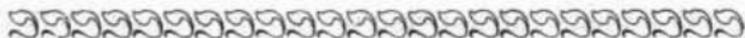
todo su afán incurrir en claro, en lo que incurre es en obscuro. Su humorismo pudiera acaso sintetizarse en los conocidos versos:

*En este mundo traidor
nada hay verdad ni mentira;
todo es según del color
del cristal por que se mira.*

Este humorismo parece impropio de un alma joven, que todo debería verlo sonrosado.

Iscar es un valiente, que en Salamanca ha mantenido algún tiempo la bandera antiunamunista y ha tratado de poner en solfa á los seguidores del genial rector; siendo lo más notable y curioso que, si no por adhesión, por oposición, Iscar es de la cofradía por él zarandeada.

En lo que escribe este joven abundan las delicadezas propias de los artistas extraordinarios.



Juan Fernández



Nació en una fría mañana del mes de Enero en Morasverdes, pintoresco pueblecillo de la entrada de la sierra de Francia. Entre Ciudad Rodrigo,

Salamanca y Madrid ha pasado hasta el día. De su pueblo natal tiene bastantes cosas, pues los hombres de Morasverdes suelen ser honrados, pensadores, sencillos y laboriosos, sin que escaseen los místicos. Con escribanos, notarios, abogados, procuradores, alguaciles, etc., se pasó algunos años; así que no se fía de lo que por ahí llaman justicia. Nació para sacerdote ó para abogado, y hubiera sido cura, y acaso estuviera ya cerca de obispo, si no se lo hubieran impedido sus sencilleces y sus piedades. Abogado se hubiera hecho si las leyes no se opusieran á menudo á lo que él siente y entiende por ética. Pero viene realizando su vocación sacerdotal y abogadil, estando siempre del lado de las buenas causas. De casualidad principió á estudiar. Fué becario en Salamanca, y casi nunca miró un texto, y terminó la carrera con lo que llaman muy buen expediente, y hasta con premio extraordinario. En la clase de Unamuno no aprendió griego, pero allí y fuera de allí aprendió cosas de más substancia, porque lo de más substancia es ser hombre. Leyendo libros no oficiales y periodistiquando y predicando se pasó en Salamanca todos aquellos días. En Madrid hizo, también como becario, el doctorado, con notas no menos ridículas de puro brillantes; y no ha ido al extranjero por cuenta de la Universidad salmantina, á lo que tenía derecho perfectísimo, porque el decano de la Facultad de Letras de aquella

Escuela está, por lo visto, seguro de que los que van al extranjero pierden el alma, y no ha querido que Juan Fernández se condene; sin pensar aquel Calvino invertido en que Juan Fernández estaba ya condenado. A causa de esto no ha ido al extranjero, y á causa de ciertas unamunescas teologías reñidas con la ley y con la moral.

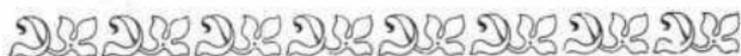
Aquí, en Madrid, Juan Fernández ha pasado de todo: ha dormido en la plaza de Oriente y en otras muchas plazas, y ha dormido también en camas, en infinitas camas, de casi todas clases; ha comido en casi todos los figones y tascas más ínfimos, mezclado con ex-hombres y en casi todos los *restaurants* más elegantes. A veces no ha comido. Se ha tratado con golfos y con grandes hombres. Con los golfos se ha tratado sin más remedio. Eso sí; abomina de la golferancia y de la miseria, porque es un espíritu aristocrático. Es incapaz de hacer la apología del cocido de 30 céntimos; cree que es bastante mejor comer en Lhardy. Nada de esto se opone á su misticismo, porque la medula de su misticismo está en mirar para arriba á fin de mejorar lo de abajo; y la vista alcanza más con la abundancia que con las angosturas. Decir la verdad es su mayor placer, y luego lo que ocurra le tiene sin cuidado. Jamás le han encogido los contratiempos, y cada día es más optimista. Su fe en sí mismo es inconmensurable. Conoce menos mal á los hombres, y mejor todavía

á las mujeres. De las mujeres es un encanto oírle hablar. A una mujer debe lo mejor que ha sentido y pensado su alma, y esa mujer viene siendo, desde hace algún tiempo, el venero y el acicate de sus más grandes y bellas ambiciones, ilusiones y esperanzas.

Juan Fernández, aunque es joven, ha escrito más que el *Tostado*. Aquí, en Madrid, ha escrito en casi todos los grandes periódicos, y los maestros más eximios le tienen dada la alternativa y le quieren. Hoy es uno de los muchachos mejor relacionados de España. No hace nunca mal papel, ni con los ignorantes ni con los sabios. Cuando salió de su casa para venir á Madrid, quemó las naves. Y no es difícil, sino muy probable, que, sin tardar, salga á flote por más de un lado. Es muy ambicioso.

Tales son algunos apuntes que hemos podido adquirir acerca de Juan Fernández, el luchador morasverdino que vino al mundo en una fría mañana del mes de Enero.





ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Portada	1
Dedicatoria	3
Prólogo	5

ELOGIOS DE SALAMANCA

Salamanca, por Miguel de Unamuno	13
La torre de Salamanca, por Salvador Rueda	18
Salamanca, por Francisco Villaespesa	19
Salamanca, por Pío Baroja	20

DE HISTORIA SALMANTINA

El nombre de la ciudad	23
La Catedral vieja	26
La capilla de Santa Bárbara	28
El sepulcro de Diego Rodríguez	31
El Cristo de las batallas	36
La Princesa Mafalda	40
El comunero Valloria	43
La Universidad de Salamanca y la cultura	49
Decíamos ayer...	57
Estudiante de Salamanca	61
La Catedral nueva	65

	Págs.
Convento de San Esteban	69
La Clerecía:	70
La Casa de las Salinas	73
La Casa de las Conchas	74
Plaza Mayor	77
La Torre del Clavero	78
La hierba del Corriollo	81
La Casa de las Muertes	82
El palacio de Monterrey	85
Los Irlandeses	87

ALGUNOS HOMBRES ILUSTRES

Meléndez Valdés	93
El padre Cámara	97
Don Mamés Esperabé Lozano	103
Tomás Bretón	107
Unamuno	111
Pedro Dorado Montero	114
Juan Barco	117
Cándido Rodríguez Pinilla	121
El doctor Pinilla	125
Pepe el gallego	130
Ramón Barco	133
Maldonado	137

GENTE NUEVA

Pedro Antonio Martín Robles	143
Eugenio Calón	144
Federico de Onís	145
Marcelino Martín González	146
Fernando Iscar	147
Juan Fernández	149

Gran Comercio de Paños

≡ DE SENÉN MARTÍN ≡



En vista de las grandes
compras que hace á los
comerciantes de Tarrasa
y Sabadell, el dueño de
este Establecimiento
está dispuesto á vender,
como siempre, á precios
baratísimos



13, Plaza Mayor, 13. - Salamanca

Gran Comercio del PRECIO FIJO
DE
SEBASTIÁN RODRÍGUEZ y Cía.

Plaza Mayor, 47 - SALAMANCA

==== Casa fundada en 1874 =====

La más importante en su clase en esta capital

Tejidos del Reino y Extranjeros,
Géneros de punto, Mantonería,
Alfombras, Cortinajes, Paños,
Astrakanes, Rizos, Felpas,
Terciopelos, Lanas y Encajes,
Perfumería, Quincalla, Bisutería,
Paraguas, Sombrillas, Guantes,
Abanicos, Corbatas, Bastones,
Artículos de viaje, Armas
==== y efectos de caza =====

Especialidad en lutos.

Gran Sastrería y Camisería.

J. ASIAIN

Camisería ② Géneros de punto
Perfumería ② Bisutería y Nove-
dades ② Abanicos ② Paraguas
Bastones ② Guantes ② Artículos
de piel ② Sombreros para señora

Plaza Mayor y Zamora, núm. 1 - SALAMANCA



ADMINISTRACIÓN de Loterías Número 7

Plaza Mayor, 19
SALAMANCA

El que quiera que le toque la lotería, compre los billetes en esta Administración, verdadera mimada de la buena sombra.

Tarea larga la de dar cuenta de todos los premios con que ha sido favorecida.

He aquí algunos:

Número 13.211 . .	150.000 Pts.
» 26.356 . .	60.000 »
» 13.779 . .	95.000 »
» 16.933 . .	60.000 »
» 16.694 . .	3.000.000 »

y el premio mayor de la lotería de 31 de Julio de este año.

En la Plaza Mayor, 19
VIVE LA SUERTE

:: GRAN BAZAR ::

DE

Prudencio Santos Benito

PLAZA MAYOR, 17 Y 18

:: SALAMANCA ::

Nadie que visite Salamanca deje de visitar también el gran Bazar de Prudencio Santos Benito, maravilloso por su lujo, por su abundancia de artículos y por los precios á que vende.

SIEMPRE NOVEDADES

El Bazar de Prudencio Santos Benito es uno de los mejores de España.

PLAZA MAYOR, 17 Y 18

:: SALAMANCA ::

Gran Almacén de Tejidos
del Reino y Extranjeros

DE

MARIANO RODRÍGUEZ GALVÁN

VENTAS AL POR MAYOR

GÉNEROS AL DETALL



Calle del Doctor Riesco, 38 duplicado

≡ SALAMANCA ≡

EN LA RELOJERÍA

DE

AGAPITO JUANES

CALLE DE SAN PABLO, NÚM. 23

es donde podéis adquirir relojes y cadenas de todas clases, buenos, bonitos y baratos, que son las tres condiciones de más recomendación para cuanto se compre.

También se hacen, con perfección y economía, toda clase de composturas, aunque sean muy difíciles.

NO CONFUNDIRSE

AGAPITO JUANES

CALLE DE SAN PABLO, NÚM. 23,

≡ SALAMANCA ≡

Gran Sombrerería de ARGÜESO

Plaza Mayor, 30
SALAMANCA

Todo el que quiera quedar bien servido, por la moda y elegancia del artículo y por su precio, no deje de comprar en esta magnífica sombrerería, digna de competir con las mejores de las grandes capitales.

ARGÜESO

30, Plaza Mayor, 30 - SALAMANCA

PLATERÍA Y JOYERÍA

DE

GARCÍA H^{NOS}

POETA IGLESIAS, 10 - SALAMANCA

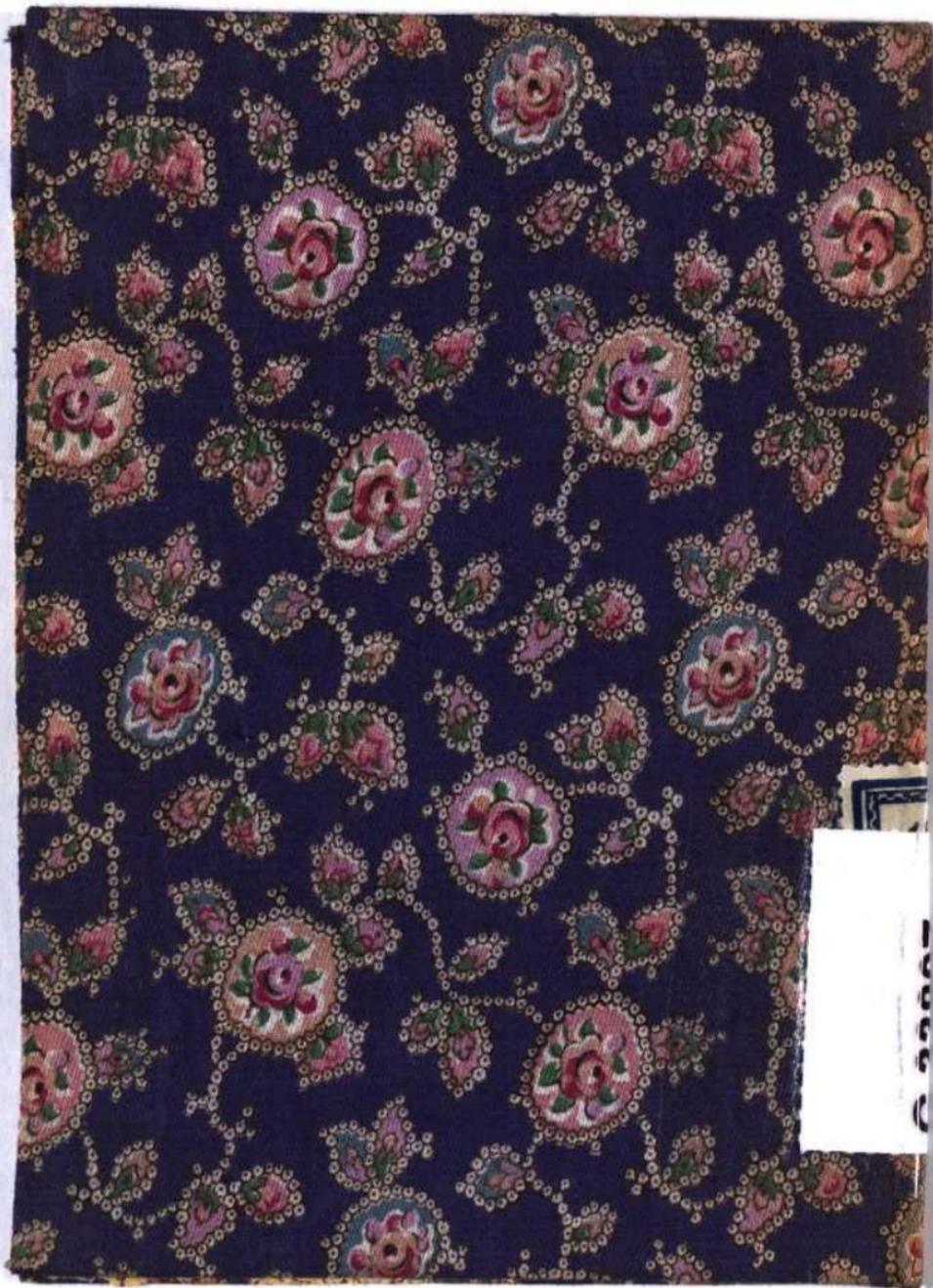


Esta Casa, fundada en 1810, es la primera de su género en esta región. Posee talleres con toda clase de maquinaria
--- para los más difíciles trabajos ---



Especialidad en filigrana, propia de la platería salmantina





G 3338807

